

VI/ INICIACIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA BIBLIA

VI.A/CONCEPTOS GENERALES EN TORNO A LA SAGRADA ESCRITURA	67
VI. A. 1.- La inspiración de la Escritura	67
VI.A.1.a. Dios es el autor de la Sagrada Escritura	67
VI.A.1.b. Dios ha inspirado a los autores humanos de los libros sagrados.	67
VI. A. 2.- La verdad de la Escritura	68
VI. A. 3.- Canonicidad y canon de la Biblia	69
VI.A.3.a. Conceptos	69
VI.A.3.b. El canon judío	70
VI.A.3.c. El canon católico del AT	70
VI.A.3.d. El canon del AT en el Protestantismo	70
VI.A.3.e. El canon del AT en las Iglesias Orientales	71
VI.A.3.f. El canon del Nuevo Testamento	71
VI.B/EL ANTIGUO TESTAMENTO	72
VI. B. 1.- El Pentateuco	73
VI.B.1.a. Los cinco rollos de la Ley	73
VI.B.1.b. El autor del Pentateuco	74
VI. B. 2.- Los Profetas Anteriores.....	76
VI.B.2.a. El libro de Josué	76
VI.B.2.b. El libro de los Jueces	77
VI.B.2.c. El libro de Samuel	78
VI.B.2.d. El libro de los Reyes	78
VI. B. 3.- Los Profetas Posteriores.....	79
VI.B.3.a. El libro del Profeta Isaías	80
VI.B.3.b. El libro del Profeta Jeremías	80
VI.B.3.c. El libro del Profeta Ezequiel	80
VI.B.3.d. Los Doce Profetas	81
VI. B. 4.- Los Escritos.....	81
VI. B. 5.- Los libros Deuterocanónicos.....	82
VI.C/LA LITERATURA APÓCRIFA	83
VI.D/EL NUEVO TESTAMENTO.....	85
VI. D. 1.- San Pablo	86
VI. D. 2.- Los Evangelios sinópticos	87
VI.D.2.a. El Evangelio según Marcos	88
VI.D.2.b. El Evangelio según Mateo	89
VI.D.2.c. El Corpus lucano	90
VI. D. 3.- Las Cartas Católicas.....	91
VI.D.3.a. La Carta de Santiago	91
VI.D.3.b. La Primera carta de Pedro	92
VI.D.3.c. La Carta de Judas	92
VI.D.3.d. La Segunda Carta de Pedro	93
VI. D. 4.- La Epístola de San Pablo a los Hebreos.....	93
VI. D. 5.- El Corpus joaneo.....	94
VI.D.5.a. El evangelio según Juan	94
VI.D.5.b. La tres cartas de San Juan	94
VI.D.5.c. El Apocalipsis	95

VI.A/ CONCEPTOS GENERALES EN TORNO A LA SAGRADA ESCRITURA

VI. A. 1.- La inspiración de la Escritura

La expresión «inspiración divina de la Escritura» alude a la especial influencia de Dios sobre los autores humanos de la Biblia, una influencia de tal naturaleza que sirve de base a la afirmación de que Dios es el autor de los libros bíblicos. De forma que las Escrituras, en virtud de la inspiración y referidas inmediatamente a Dios, son **sagradas**. El Concilio Vaticano II lo expresa así:

La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. La santa madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo (Jn 20,31; 2Tim 3,16; 2Pe 1,19-21; 3,15-16), tienen a Dios como autor; y como tales han sido confiados a la Iglesia. En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería (DV 11a).

VI.A.1.a. Dios es el autor de la Sagrada Escritura

Al parecer, la expresión «*Dios, autor de la Escritura*» arranca de Clemente de Alejandría, que llama a Dios *causa inmediata y primaria del AT y el NT*. La idea de Clemente, sin embargo, considera ambos Testamentos como dos historias de salvación más que como dos colecciones de libros. La primera referencia clara a Dios como autor literario de la Escritura se debe a Gregorio Magno, que habla de Dios como autor de la Sagrada Escritura, mientras que al elemento humano que interviene en la producción de los libros sagrados le da el nombre de *scriptor*.

Por parte de Dios, la inspiración divina no es otra cosa que Dios mismo operando para producir un efecto concreto: la Biblia. Puesto que el efecto a que tiende la inspiración es una realidad distinta de Dios mismo, la inspiración habrá de clasificarse entre las operaciones divinas hacia el exterior y, en cuanto tal, es común a las tres divinas personas de la Trinidad, si bien frecuentemente se atribuye por apropiación al Espíritu Santo (cf. 2Pe 1,21).

VI.A.1.b. Dios ha inspirado a los autores humanos de los libros sagrados.

Si bien Dios es autor de la Sagrada Escritura, también es cierto que los seres humanos hicieron una auténtica aportación propia en la formación de los libros sagrados. Ha de admitirse, sin embargo, que la atención a los autores humanos de la Escritura es un hecho moderno; la antigua reflexión teológica se limitaba prácticamente al dato primario y más importante del origen divino de la Escritura. Ahora bien: ¿se considera este agente humano como un simple canal o transmisor, o se le tiene por elemento activo que hace una aportación personal a los libros inspirados?

En la Antigüedad, tal vez la teoría de Filón de Alejandría fue la más común. Filón aplicó la noción platónica de inspiración a los libros sagrados. Propuso lo que podríamos llamar una teoría 'mántica' de la inspiración: el factor humano (el *profeta*, en su terminología) es poseído por Dios, pierde la conciencia de sí mismo y se somete al espíritu divino, que de esta manera actúa sirviéndose de las facultades comunicativas de la persona. Entre las corrientes cristianas primitivas, sin embargo, se rechazó siempre la idea de una inspiración mántica en relación con los libros de la Escritura. Es cierto que prestan escasa atención al papel exacto que corresponde a los autores humanos en la producción de los libros sagrados, pero niegan la supresión de la conciencia y el conocimiento en los autores como secuela de la inspiración.

No obstante, esta visión no sería desarrollada hasta el siglo XX. Es en este siglo cuando se desarrollan los estudios lingüísticos de la Biblia y de las literaturas e idiomas con ella emparentados, un conocimiento cada vez mayor del trasfondo cultural en que se desarrolló la Biblia, la determinación de evidentes préstamos literarios en diferentes partes de la Biblia y el descubrimiento de sucesivas redacciones de muchos de sus libros. Partiendo de todo ello, en el pensamiento católico contemporáneo se subraya con toda energía que la Biblia es verdadera Palabra de Dios expresada en palabras que son auténtico producto de unas mentes humanas, como si dos *artistas* se unieran para componer los libros de la Escritura: Dios y el hombre.

Como la Palabra de Dios se ha encarnado en palabras y expresiones de unos seres humanos pertenecientes a culturas y civilizaciones diversas, el estudio de la Biblia llevará siempre consigo, necesariamente, la investigación de las circunstancias humanas que dieron forma a los esquemas mentales y lingüísticos de los autores que compusieron los diferentes libros de la Escritura.

VI. A. 2.- La verdad de la Escritura

Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra. Por tanto, *toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir en la justicia; para que el hombre de Dios esté en forma, equipado para toda obra buena* (2Tim 3,16-17).

En los estudios clásicos, la *inerrancia* (= no error) de la Biblia –como consecuencia de la verdad de Dios, que es su autor– requería ser afirmada sin limitaciones de ninguna clase; en particular, sin limitaciones de competencia. Los problemas se suscitaban, ya en el siglo XIX, partiendo de la confrontación del texto bíblico con las conclusiones de diversas disciplinas (Física, Paleontología, Arqueología, Historia...).

Merece, entonces, tener en cuenta el principio propuesto incansablemente por el magisterio de la Iglesia sobre el aspecto de la *verdad* de la Escritura:

- Por un lado, lo que afirma la Biblia como escrito humano, por estar afirmado por Dios (autor principal de la Escritura), no puede menos de ser absolutamente cierto.
- Por otra parte, es necesario preguntarse cuidadosamente qué es lo que afirma la Biblia, siendo criterio de ello la intención de los hagiógrafos, valorada también en relación con las diversas formas de decir.

De ahí la imposibilidad de hablar de la inerrancia de la Biblia prescindiendo de la consideración de los **géneros literarios** y, además, de la **intención comunicativa** del hagiógrafo. De ahí también el impulso a hablar no tanto de inerrancia cuanto de verdad de la Escritura, orientando la atención a la rica variedad de lo verdadero y de sus formas, de sus significados y de su alcance existencial y salvífico.

Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano; por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios. El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice o intenta decir, según su tiempo y cultura, por medio de los géneros literarios propios de su época. Para comprender exactamente lo que el autor propone en sus escritos, hay que tener muy en cuenta los modos de pensar, de expresarse, de narrar que se usaban en tiempo del escritor, y también las expresiones que entonces más se solían emplear en la conversación ordinaria (DV 12).

VI. A. 3.- Canonicidad y canon de la Biblia

VI.A.3.a. Conceptos

La fe judeocristiana sintió siempre la necesidad del canon en un triple sentido:

- Necesidad de **conservarla**, a fin de evitar que llegue a sumergirse en la vorágine de tradiciones brotadas inevitablemente en torno a ella con objeto de hacerla más inteligible.
- Necesidad también de **preservarla**, es decir, de impedir que sufra ningún cambio o alteración. Es preciso mantenerla en su pureza, tal como brotó de la boca de Dios.
- Finalmente, entre quienes aceptan la revelación de Dios se siente la necesidad de **observarla** y hacer que actúe en la fe y la vida.

El presupuesto básico para la noción de canon es la inspiración: la convicción de que determinados libros han sido escritos bajo un influjo especial de Dios ha hecho seleccionarlos y otorgarles una aceptación incondicional. La canonización, según esto, viene impuesta por la inspiración, pero no ha de entenderse como si cambiase en algo la naturaleza de un libro inspirado. A éste no se le añade nada, sino que se le sitúa bajo una nueva luz a fin de que se manifieste más claramente algo que ya estaba allí. Al canonizar un libro, la Iglesia pone de relieve su condición de inspirado; no crea entonces su inspiración.

Por lo que hace a la Iglesia Católica, el canon de la Escritura quedó fijado definitivamente en el Concilio de Trento. Fue entonces cuando la Iglesia adoptó una postura clara y definitiva acerca de los libros que debían incluirse en la Biblia (decreto *De Canonicis Scripturis*: 8 de abril de 1546). No fue aquélla la primera ocasión en que se planteó dentro de la Iglesia esta cuestión de la canonicidad. Las más antiguas decisiones referentes al canon fueron promulgadas por los concilios locales norteafricanos: los de Hipona (393) y Cartago (397 y 419). Todos ellos aprobaron listas de los libros del AT y NT que coinciden con la de Trento. El Concilio ecuménico de Florencia redactó una lista completa de los libros del AT y del NT en un documento conocido como *Decreto Pro Jacobitis* (4 de febrero de 1441).

El término griego *κανών* se deriva del sumerio a través del babilonio (*qanú*, «caña»). La palabra pasó gradualmente a designar una vara larga o el listón utilizado por los albañiles y carpinteros para tomar medidas. También adquirió este término un significado metafórico y se aplicó a la norma o patrón que sirve para determinar, regular o medir otras entidades. En el lenguaje cristiano, *canon* se utilizó ya en el siglo II para referirse a una norma de la verdad revelada, a la regla de fe. Junto a su significado de «norma», canon puede equivaler también a «lista» o «catálogo».

En cualquier caso, libro canónico es el que ha sido reconocido como perteneciente a la lista de los que la Iglesia considera inspirados y que contienen la norma de fe y moral. Algunos libros obtuvieron este reconocimiento en fecha muy temprana; otros tardaron más en ser aceptados, pues se planteaban muchas dudas acerca de si eran o no inspirados. Los primeros eran designados en la Antigüedad con el nombre de *ὁμολογούμενα* (*sobre los que hay acuerdo*); los segundos, con el de *ἀντιλεγόμενα* (*discutidos*) o *ἀμφιβαλλόμενα* (*dudosos*). Andando el tiempo se daría a ambas clases de libros los nombres de *protocanónicos* y *deuterocanónicos*. Esta terminología, al parecer, fue introducida por Sixto de Siena (1520-1569). Los protocanónicos eran los admitidos en el canon sin que mediara ninguna o muy escasa discusión al respecto; deuterocanónicos eran aquellos que antes de ser definitivamente admitidos en el canon fueron objeto de discusión en tanto no se resolvían las dudas surgidas acerca de su canonicidad.

VI.A.3.b. *El canon judío*

Todos los investigadores admiten en la actualidad que el canon de la Escritura judía no pudo cerrarse antes de la Era cristiana. En este sentido, la rivalidad planteada por los libros cristianos debió influir decisivamente en que se cerrara el canon judío. Otros prefieren buscar el estímulo en las disputas surgidas en el seno del Judaísmo, especialmente entre los fariseos y otras sectas de mentalidad apocalíptica.

En el antiguo Judaísmo existían dos cánones:

- El canon breve, judío o palestinese. En Yamnia, Rabbí Johanan ben Zakkai abrió de nuevo su escuela después de la caída de Jerusalén. Durante los años 80-117 sus maestros más importantes fueron Gamaliel y Eleazar ben Azariah. Se ha lanzado la idea de que hacia 90-100 un *concilio* de rabinos reunidos en Yamnia estableció de una vez para siempre la lista definitiva de los libros inspirados, que comprendía los libros hoy conocidos como protocanónicos. Lo más probable es que, durante el siglo I dC, se aceptara popularmente una lista de 22 ó 24 libros que se tenían por sagrados, pero que no se fijó rígidamente un canon hebreo hasta finales del siglo II o comienzos del III. Durante este período, los diferentes grupos judíos siguieron leyendo como sagrados otros libros que no estaban incluidos en la lista de 22-24.
- El canon largo, griego (Alejandría). Hoy estamos seguros del carácter legendario de las noticias de Aristeas sobre la composición de la LXX. Ni el Pentateuco ni el AT completo fueron traducidos nunca de una sola vez al griego (es decir, en 72 días, ca. 275 aC, por 72 traductores que trabajaron bajo el mecenazgo de Tolomeo II Filadelfo). La LXX es, más bien, el resultado de muchos siglos de traducción y de composición original. Además, algunos de los libros deuterocanónicos fueron compuestos originalmente en hebreo (Sir, Jdt, 1Mac) o en arameo (Tob). En consecuencia: los judíos alejandrinos no tenían una lista fija de libros; estaban en la misma situación que sus hermanos de Palestina en el siglo I dC, es decir, tenían un gran número de libros sagrados, algunos de los cuales eran reconocidos por todos como más sagrados y más antiguos que los restantes. No fueron los judíos de Alejandría, sino la Iglesia cristiana, quien, manejando la LXX, llegó a fijar un canon exclusivo.

VI.A.3.c. *El canon católico del AT*

Los primeros intentos de fijar un canon del AT para la cristiandad reflejan al parecer los debates entre los judíos palestineses acerca del canon durante el siglo II. La mayor parte de los escritores cristianos (Clemente de Roma, Policarpo, Hermas, Ireneo y el autor de la Carta de Bernabé) parecen utilizar muy libremente una serie de libros santos judíos, entre los que se incluyen algunos apócrifos.

A finales del siglo IV, la Iglesia occidental (Concilios de Hipona y Cartago) aceptó un número fijo de libros veterotestamentarios, entre los que se incluían algunos deuterocanónicos que aparecen en los manuscritos de los LXX. Pero los escritores orientales estaban más a favor del canon breve elaborado por los judíos. San Jerónimo, por ejemplo, dedicó todos sus esfuerzos a propagar el canon hebreo en la Iglesia occidental. El Concilio de Trento aceptó definitivamente los libros deuterocanónicos, y lo hizo así en directa oposición a los protestantes, que preferían atenerse al canon judío. Los Padres conciliares de Trento no fijaron el canon sobre la base de una reconstrucción puramente histórica, sino tomando un punto de partida teológico: el uso constante de ciertos libros por la Iglesia.

VI.A.3.d. *El canon del AT en el Protestantismo*

Los reformadores en general expresaron sus dudas acerca de los libros deuterocanónicos, pero sólo los rechazaron en el curso de las polémicas con los católicos. La traducción de Lutero en 1534 los agrupaba al final del AT con una nota aclaratoria: *apócrifos: éstos son unos libros que no se igualan con la Sagrada Escritura, pero*

cuya lectura es útil y buena. Recientemente, en las Iglesias protestantes, hay síntomas de un retorno a la actitud más moderada de los reformadores con respecto a los libros deuterocanónicos, pues aprecian que ciertas doctrinas como la resurrección de los muertos, la angelología, el concepto de retribución, han asumido en la literatura apócrifa [= *deuterocanónica*] la forma en que se plasmaron en el Nuevo Testamento.

VI.A.3.e. El canon del AT en las Iglesias Orientales

En el primer período, la iglesia siria, según la Peshitta, usaba únicamente los libros del canon hebreo, pero después se impuso la influencia de la LXX, con el consiguiente uso del canon largo. Los nestorianos, sin embargo, persistieron en utilizar el canon breve. Entre los coptos y los etíopes, y hasta cierto punto también entre los sirios, se tendió a admitir algunos apócrifos (pseudoeπίgrafos), así como los libros deuterocanónicos.

La iglesia bizantina, desde sus comienzos hasta la Edad Media, aceptó los libros deuterocanónicos. No hay noticias de que se produjera ninguna disputa entre los latinos y los griegos acerca del canon del AT. Fue en el siglo XVII, por influjo de la Reforma protestante, cuando surgieron problemas. En 1672, un importante Sínodo en Jerusalén aceptó como canónicos Sb, Jdt, Tob, Mac, Sir y las adiciones a Dn. En Rusia, en el siglo XIX, los teólogos ortodoxos rusos excluyeron sin excepción los libros deuterocanónicos, que aparecen, sin embargo, en una Biblia rusa publicada en Moscú el año 1956.

VI.A.3.f. El canon del Nuevo Testamento

En la actualidad, católicos, ortodoxos y protestantes aceptan un mismo canon del NT compuesto por 27 libros. El Cristianismo es una religión que tiene su origen en una persona: lo que Dios ha hecho por la Humanidad se concentra en Jesús, de tal manera que los primeros cristianos podían muy bien afirmar que Dios estaba en Cristo Jesús (2Cor 5,19). Jesús encargó a los apóstoles que predicasen el Reino de Dios, cuya presencia se había hecho sentir en el ministerio de Jesús. En los primeros días, cuando los cristianos estaban cerca de los apóstoles –tanto geográfica como cronológicamente–, no se sentía la necesidad urgente de disponer de unos escritos cristianos. De hecho, no tenemos pruebas concluyentes de que existieran escritos cristianos especialmente importantes en el período comprendido en los años 30-50. Durante este lapso, la fe cristiana se comunicaba, se conservaba y se nutría con la palabra hablada (Rm 10,14-15). La distancia es probablemente el factor que más influyó en el cambio de situación.

- Primero, la distancia geográfica. Con la decisión de aceptar a los gentiles sin exigirles la circuncisión (He 15), el vasto mundo gentil se convirtió en campo abierto a la misión. La fundación de comunidades cristianas muy alejadas unas de otras y los continuos viajes de los Apóstoles convirtieron la comunicación escrita en una necesidad. A esta necesidad se hizo frente al principio mediante cartas y epístolas; las cartas paulinas son los más antiguos escritos cristianos que conocemos con certeza. Está también la distancia cronológica. La existencia de unos testigos que habían experimentado la vida común con Jesús marcó los primeros años del Cristianismo; pero conforme los Apóstoles se fueron dispersando, y después de su muerte, la conservación de la memoria de los hechos y las palabras de Jesús se convirtió en un problema.
- Además, las exigencias catequéticas pedían que los testimonios orales se ordenaran en unidades compactas. Ello dio origen a las colecciones pre-evangélicas de materiales y luego a los mismos evangelios.

- Otras necesidades a las que fue preciso hacer frente, tales como la amenaza de herejía o de persecución, dieron lugar a otras obras del NT.

Una vez que ya hubo escritos cristianos, ¿qué factor determinó el que algunos de ellos fueran conservados y se considerasen sagrados en sentido singular? Algunos escritos del siglo I no fueron conservados; otros que lo fueron no se aceptaron como sagrados. Pesaron los siguientes factores:

- Para la aceptación fue muy importante el origen apostólico, real o supuesto. Hoy entendemos que ese origen apostólico ha de tomarse en el sentido amplio con que la cuestión del autor se enfoca en los estudios bíblicos.
- Muchos de los escritos del NT iban dirigidos a una comunidad cristiana concreta; la historia y la importancia de cada una de estas comunidades tiene mucho que ver con la conservación e incluso con la aceptación definitiva de aquellos escritos. Al parecer, ninguna de las obras conservadas procede directamente de las comunidades de **Palestina**. Parece que en **Siria** fueron mejor las cosas. Las iglesias de **Grecia y Asia Menor** parecen haber conservado las porciones más importantes del NT. La iglesia de **Roma** conservó varios escritos.
- También fue criterio para la aceptación la conformidad con la regla de la fe predicada.
- También el azar intervino en la conservación de obras menos importantes (Flm), ya que otras obras más importantes se perdieron (parte de la correspondencia con Corinto).

Hacia el año 200 habían sido aceptados por todos en general los Evangelios, las cartas paulinas, Hechos, 1Pe y 1Jn. A finales del siglo IV, las iglesias latina y griega tenían un canon neotestamentario de 27 libros.

VI.B/ EL ANTIGUO TESTAMENTO

El Antiguo Testamento –tal y como lo lee la Iglesia Católica– es un conjunto de 46 escritos o «libros» de carácter diverso (narrativo, histórico, espiritual, poético, didáctico), procedentes de distintas épocas y lugares y redactados a lo largo de unos diez siglos. La literatura antigua de Israel no se reduce al AT (cf. Nm 21,14; Jos 23,6; 2Sam 1,8; 1Re 11,41; 14,19.29; Esd 4,15; Neh 7,5; Est 6,1; 10,2). El AT tampoco es una antología de textos sólo literarios o resumidos.

El AT está escrito fundamentalmente en hebreo. Algunas breves secciones están escritas en arameo (Esd 4,8-6,18; 7,12-26; Dn 2,4b-7,28; Jr 10,11; Gn 31,47). Hay también libros o secciones de libros escritos en griego: Tb, Judit, Sb, 1Mac, 2Mac, Est 10,4-16,24; Dn 3,24-90; 13-14.

La cuestión del canon definitivo y normativo de la Biblia no es simple manía taxonómica, sino que tiene un valor particular para la comunidad de fe (el pueblo de Israel y las iglesias cristianas). Así:

- La primera parte de la Biblia Hebrea (el *Pentateuco*) queda delimitada por un texto fundamental: Dt 34,10-12. Ahí se afirma: que Moisés es el más grande de los profetas, superioridad que deriva de la excelencia de su relación con Yhwh; y que el Éxodo es el acontecimiento fundamental de la historia de Israel.
- La segunda parte de la Biblia (los *Profetas*) queda también perfectamente enmarcada. Su comienzo (Jos 1,1-8) enlaza claramente la figura y la obra de Josué con la figura y la obra de Moisés. Y la conclusión de los libros proféticos (Mal 3,22-24) contiene una serie de afirmaciones parecidas. La profecía actualiza la Ley y la mantiene viva.
- La tercera parte de la Biblia (los *Escritos*) contiene también parecidas alusiones: Sal 1 invita a leer todos los salmos y todos los escritos como una meditación de la Ley de Yhwh.

VI. B. 1.- El Pentateuco

VI.B.1.a. Los cinco rollos de la Ley

Los cinco primeros libros de toda Biblia son conocidos bajo el nombre de *Pentateuco*. La palabra τεύχος designaba el estuche en el que se guardaba un rollo de papiro; más tarde pasó a significar «volumen, libro». Por eso, ἡ πεντατεύχος (βίβλος) es «el libro compuesto en cinco volúmenes». Los judíos de lengua hebrea se refieren a los cinco primeros libros como «los cinco quintos de la Ley» o, simplemente, la «Ley».

Los nombres de los libros (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) provienen de la LXX (γένεσις, ἔξοδος, λευιτικόν, ἀριθμοὶ, δευτερονόμιον). En hebreo, los títulos de los libros corresponden a la primera palabra importante del mismo libro: הַדְּבָרִים, בְּמִדְבָּר, וַיְקַרָא, שְׁמוֹת, בְּרָאשִׁית.

Los cinco libros del Pentateuco son de diferente extensión (Gn: 1533 versículos; Ex: 1213; Lv: 859; Nm: 1289; Dt: 959). Es probable que fuera materialmente imposible –al menos, nada práctico– escribir todo el Pentateuco en un solo rollo: tendría una medida de 33 metros. Como media, cada libro del Pentateuco debía de medir unos 6-7 metros. Sin embargo, la división actual parece ser arbitraria y artificial: la familia de Jacob se establece en Egipto en Gn 46, pero el libro del Éxodo comienza más tarde; la perícopa del Sinaí comienza en Ex 19 y acaba en Nm 10,10 (abarca tres libros); Israel llega a las estepas de Moab en Nm 21,20 y permanece allí hasta la muerte de Moisés, pero la división entre Nm y Dt no coincide con este momento...

No sería extraño que la división de la Torá en cinco libros, no en cuatro ni seis, fuese el resultado de una decisión deliberada y no simple conveniencia práctica. La división en cinco partes pone de relieve al Levítico como panel central de la péntada, ya que contiene las normas que identifican al Israel reconstruido del Segundo Templo como una comunidad santa, distinta de las otras naciones del mundo. Pero existen, además, otros motivos que se pueden deducir de la construcción narrativa del Pentateuco.

- GÉNESIS comienza con la creación del mundo y acaba con la muerte de Jacob y de José. Así concluye la era patriarcal, es decir, la historia de familia de los antepasados de Israel. A partir de aquí, Israel no será ya una familia, sino un pueblo. Además, antes de su muerte, José anuncia el retorno de sus descendientes a la tierra prometida a Abraham, Isaac y Jacob. La conclusión de Génesis abre, por tanto, hacia el futuro y vincula Gn con Ex-Dt. Gn 50,24 es un *sumario proléptico* de la narración posterior.
- ÉXODO comienza con un resumen de la historia de José que hace de bisagra entre la historia de los patriarcas y la historia del pueblo de Israel (Ex 1,1-7). Ex 1,8 señala el paso de un periodo al otro. La conclusión del libro (40,34-38) describe el momento en el que, después de muchos avatares, la *Gloria de Yhwh* viene a llenar su morada o *tienda del encuentro*. Este momento es importante, porque Yhwh ahora habita en medio de su pueblo (40,34-35: es lo que desarrollará Levítico) y puede acompañarlo y guiarlo (40,36.38: desarrollado en Números).
- El comienzo del LEVÍTICO se refiere a este evento: *Yhwh llamó a Moisés y le habló* desde la tienda del encuentro *diciendo...* (Lv 1,1). La conclusión original del libro se encuentra en 26,46. El capítulo 27 es un añadido posterior (27,34 vuelve a repetir parecida conclusión). Estas dos conclusiones mencionan el monte Sinaí como el lugar de la revelación. Para la tradición de Israel, las leyes promulgadas por Yhwh sobre el monte Sinaí y transmitidas por Moisés tienen una cualidad normativa única. Estas afirmaciones tienen, por tanto, importancia porque distinguen entre las leyes que forman parte del canon mosaico y las otras.

- NÚMEROS tiene también sus particulares introducción y conclusión. La introducción es parecida a la del Levítico. Estamos ahora en el desierto del Sinaí y Yhwh sigue hablando desde la tienda del encuentro. La conclusión de Números recuerda Lv 26,46; 27,34. Entre la introducción y la conclusión, el pueblo se ha trasladado desde el Sinaí a las estepas de Moab, donde se prepara para entrar en la tierra prometida. Las leyes promulgadas en las estepas de Moab tienen también un valor particular desde el punto de vista canónico. Dt 28,69 habla incluso de una ulterior alianza que Yhwh concluye allí con Israel (además de la alianza en el Horeb). Estas afirmaciones equiparan las leyes de Moab a las leyes del Horeb/Sinaí.
- DEUTERONOMIO tiene su propio marco. Como el libro de Números, comienza con una fórmula que indica el puesto y el lugar desde Moisés habla (Dt 1,1-3). Todos los discursos de Moisés serán pronunciados en aquel mismo día. Moisés muere (Dt 32,48; 34,5). Con la muerte de Moisés se concluye el libro del Deuteronomio y todo el Pentateuco.

VI.B. 1.b. El autor del Pentateuco

Durante muchos siglos, judíos y cristianos han atribuido el Pentateuco a Moisés. El punto de partida podemos situarlo en ciertas afirmaciones que presentan a Moisés escribiendo: Ex 17,14; Ex 24,4; Nm 33,1-2; Dt 31,9.22.24. Pero resulta difícil imaginar a Moisés buscando papiro y tinta en medio del desierto para poner por escrito sus recuerdos. De hecho, nunca se dice que el autor del Pentateuco sea Moisés o cualquier otro; por tanto, en buena lógica, lo que exige explicación no es por qué mucha gente dejó de creer en la autoría mosaica, sino cómo se le ocurrió a alguien por primera vez creer en ella.

Podríamos encontrar alguna explicación en el interés por la autoría y la redacción de libros, que no surgió hasta la antigüedad tardía. El Sirácida, escrito a comienzos del siglo II aC., es el primer libro judío, en sentido parecido al que hoy tenemos de este término, que ha llegado hasta nosotros y en el que el autor, por vez primera, se identifica (Sir 50,29). Ya que en la Escritura aparecen con frecuencia expresiones como «*el libro de la ley de Moisés*» (Jos 8,31; 23,6; 2Re 14,6; Neh 8,1), es comprensible que se atribuyesen a Moisés las leyes y, ocasionalmente, los relatos en los que éstas leyes están insertas. Desde este punto de vista, el Pentateuco forma parte de los ejemplos más antiguos de pseudo-epigrafía judía, un género muy bien documentado a partir del siglo II aC.

Lo cierto es que hoy día al lector crítico le parece claro que la tesis de la autoría mosaica no podría sobrevivir a una lectura superficial del Pentateuco. Antes bien, se advierte un largo y complejo proceso de formación que hasta el día de hoy no ha sido suficientemente clarificado. En este sentido, hay infinidad de argumentos:

- *Cortes y tropiezos en la narración.* Al relato de la creación (Gn 1,1-2,3) le sigue otro relato que vuelve a los orígenes y se expresa en categorías muy distintas (Gn 2,4-24). Después del nacimiento de Set (Gn 4,26), se vuelve a los orígenes de Adán (Gn 5,1). En Ex 19,24-25, Dios ordena a Moisés que baje del monte y suba de nuevo con Aarón; pero el relato se interrumpe para dar paso al decálogo...
- *Tradiciones duplicadas y triplicadas.* Dos relatos de la creación (Gn 1-2), dos descendencias de Adán (Gn 4 y 5), dos relatos del diluvio mezclados (Gn 6-9), tres veces la esposa en peligro (Gn 12; 20; 26), dos pactos de Dios con Abraham (Gn 15 y 17), dos promulgaciones del decálogo (Ex 20 y Dt 5), cinco catálogos de fiestas (Ex 23,14ss; 34,18ss; Dt 16,1ss; Lv 23,4ss; Nm 28-29)...
- *Tradiciones distintas e incluso opuestas.* Creación de la mujer (Gn 1,27; 2,22); los animales del arca de Noé (Gn 6,19-20; 7,2); los madianitas y José (Gn 37,28.36; 39,1); el maná (Ex 16,14-35; Nm 11,6-9)...

- *Anacronismos*. Los cananeos (Gn 12,6; 13,7), los filisteos (Gn 21,34; 26,14.15.18; Ex 13,17), los reyes israelitas (Gn 36,31)...

Para hablar de 'autor' del Pentateuco, comencemos con un ejemplo. Se puede comparar este conjunto de cinco libros a una ciudad reconstruida tras sufrir dos terremotos. Israel sufrió, en verdad, dos grandes sacudidas: en 721 a.C. –toma de Samaría– se produjo la caída del Reino de Israel; en 586 –toma de Jerusalén– se produjo la caída del Reino de Judá. Tras estas dos convulsiones, a partir de 530 a.C. (retorno del exilio), el pueblo de Israel reconstruyó Jerusalén, el Templo y su propia identidad. Pues bien: ésta es el Pentateuco, la identidad de Israel reconstruida después de los acontecimientos de Samaría y Jerusalén, la carta de identidad del Israel resurgido de sus cenizas. Para explicar este largo proceso se han propuesto varias hipótesis:

- **Hipótesis de los Documentos.** Jean Astruc (1684-1766) comienza estudiando los tres primeros capítulos del Génesis. Lo que más le llama la atención es que se nombra a Dios de dos formas distintas, יהוה y אֱלֹהִים, y que estas denominaciones aparecen en relatos de estilo literario diverso. Por eso, propone la teoría de que Moisés utilizó dos documentos escritos por autores anteriores a él. El primero, el documento A, usa el nombre de Yhwh; el segundo, B, emplea Elohim. Luego intenta aplicar esta hipótesis al resto del Génesis, pero no consigue repartir sus cincuenta capítulos entre estos dos documentos y termina admitiendo que Moisés utilizó otros diez documentos secundarios.
- **Hipótesis de los Fragmentos.** En torno a 1800, Alexander Geddes y Johann Severin Vater llegan a una misma conclusión: este conjunto de libros no se formó a partir de documentos, sino de fragmentos sueltos, y este trabajo no lo realizó Moisés: el Pentateuco tardó en formarse cuatro siglos, hasta que adquirió su aspecto actual antes del destierro de Babilonia.
- **Hipótesis de los Complementos.** Hacia 1831, Heinrich Ewald postula la existencia de un gran documento Elohista, que abarcaría desde la creación del universo hasta la conquista de la tierra prometida (Hexateuco). A ese documento matriz se le añadirían otros pequeños documentos.
- **Nueva hipótesis (clásica) de los Documentos.** Julius Wellhausen distingue en todo el Pentateuco cuatro grandes documentos: un documento yahvista (J), nacido en el reino de Judá en el siglo IX; un documento elohista (E), nacido en el reino del Norte hacia el siglo VIII. Ambos documentos corren paralelos durante años sin conocerse, hasta que el año 722, cuando Samaría cae en manos de los asirios, muchos israelitas huyen a Judá llevando consigo sus tradiciones elohistas, que terminan fusionándose con las yavistas (J+E). Pasa otro siglo, y en tiempos del rey Josías nace el documento deuteronomico (D), que se une poco más tarde a los anteriores. A mediados del siglo V surge otro documento, el sacerdotal (P). Por último, hacia el año 400, todos estos documentos unidos dan lugar al Pentateuco.

Los autores antiguos que dieron forma final al Pentateuco emplearon materiales muy diversos: a lo largo de los siglos fueron construyendo y reconstruyendo una ciudad impresionante a primera vista, pero desconcertante en posteriores visitas. Encontramos plazas sin utilidad, palacios adornados con motivos de otras épocas, callejones que no conducen a ningún sitio, estilos arquitectónicos distintos, casas a medio hacer y muros casi derruidos...

La tentación de la ciencia bíblica fue desmontar la ciudad para distribuir sus materiales en tres, cuatro o cinco bloques. Si resistimos esta tentación, conseguiremos dos grandes cosas: mantener la ciudad en pie y advertir la unidad y belleza del conjunto a pesar de la amalgama de materiales, estilos y épocas.

VI. B. 2.- Los Profetas Anteriores

La segunda parte de la תנ"ך se llama נבאים; está compuesta por ocho rollos. La tradición rabínica del Talmud distinguió en esta sección dos partes:

- **Profetas Anteriores:** *Josué*, escrito por Josué y terminado por Eleazar y Pinjás (hijo y nieto de Aarón); *Jueces* y *Samuel*, escritos por Samuel y terminados por Gad y Natán; *Reyes*, escrito por Jeremías.
- **Profetas Posteriores:** cuatro rollos que incluían, respectivamente, *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel* y los *Doce* (*Oseas*, *Joel*, *Amós*, *Abdías*, *Jonás*, *Miqueas*, *Nahum*, *Habacuc*, *Sofonías*, *Ageo*, *Zacarías* y *Malaquías*). La desafortunada distinción entre profetas *mayores* y *menores* indica sólo la longitud material de los rollos, no la importancia de cada uno de estos profetas.

Los Profetas Anteriores reciben comúnmente el nombre de *Libros históricos* en las ediciones cristianas, un nombre que puede inducir a creer que se trata de crónicas o anales históricos en el sentido científico de la palabra. En realidad, el título de *Profetas* es mucho más adecuado, porque la *historia* que estos libros históricos narran es más bien una lectura profética de la historia; estos profetas son teólogos de la historia. La síntesis de los Profetas Anteriores es *histórica* en razón de su objeto, pero el epíteto de *proféticos* expresa mejor la meditación sobre el pasado, nutrida de la enseñanza de los profetas, en busca de luz para el presente. Se trata de algo más que un cambio de etiqueta: cuando un autor moderno elige publicar un libro en una colección de historia o de filosofía, nos está indicando con ello cuál es su intención y cómo quiere que lo leamos...

VI.B.2.a. El libro de Josué

El nombre del libro no corresponde a su autor; simplemente se refiere al protagonista principal del libro. Josué es anónimo. Pero no está de más recordar que el nombre hebreo יהושע significa "Yhwh es salvación", el mismo nombre que subyace bajo la forma sincopada "Jesús".

El libro de Josué está integrado por dos grandes partes, precedidas por una **introducción (Jos 1)** y cerradas por un bloque de **conclusiones (Jos 22-24)**. La **conquista de la tierra (Jos 2-12)** se desarrolla en dos fases. Los **preparativos (2-5)**: Josué envía espías a Jericó, que reciben ayuda y hospedaje en casa de Rajab (Jos 2); acto seguido, los israelitas cruzan el Jordán a la altura de Jericó y acampan en Guilgal (Jos 3-4); allí se procede a la circuncisión del pueblo y tiene lugar la primera celebración de la pascua en la Tierra Prometida (Jos 5). La **ejecución (6-11)**: empieza después la conquista, comenzando por Jericó (Jos 6) y Ay (Jos 8); en el curso de ésta última se descubre el pecado que había cometido Acán (Jos 7); Josué pacta con los gabaonitas (Jos 9), hecho que produce la alarma entre los cananeos, quienes forman una coalición de cinco reyes en la Palestina meridional; declaran la guerra a Gabaón, aliado de Israel, siendo estrepitosamente derrotados (Jos 10); en el norte se forma también otra coalición acaudillada por el rey de Jasor, derrotados también por Israel, quien se adueñó de todo el norte del país (Jos 11). A modo de **recapitulación (Jos 12)**, la primera parte del libro de Josué termina con la enumeración de los reyes vencidos y de las ciudades conquistadas. El **reparto de la tierra (Jos 13-21)**. Una vez conquistada, se procede al reparto de la tierra entre las tribus. En primer lugar, las tribus de Transjordania (Jos 13); después, las tres grandes tribus: Judá, Efraim y Manasés (Jos 14-17); a continuación, las siete restantes (Jos 18-19); finalmente se enumeran los lugares de asilo y las ciudades levíticas (Jos 20-21).

Respecto al valor historiográfico del libro de Josué, la escuela americana (Albright, Wright) concede un alto grado de fiabilidad al relato bíblico; la escuela alemana (Alt, Noth) presta menos atención a la arqueología y más a los aspectos del texto bíblico leído a la luz de los documentos extrabíblicos; la escuela francesa (R. De Vaux) es de carácter ecléctico.

Con ésta última se puede decir que no todas las tribus israelitas bajaron a Egipto, ni todas las que bajaron lo hicieron al mismo tiempo; igualmente, no todas salieron de Egipto a la vez, ni todas siguieron el mismo itinerario, sino que hubo distintos éxodos y distintas entradas en la tierra. Se puede hablar de un primer éxodo-expulsión que habría tenido lugar hacia mediados del siglo XVI a.C., coincidiendo posiblemente con la expulsión de los Hicsos de Egipto (1552); formarían parte de él los grupos que, con el tiempo, constituyeron la tribu de Judá y habrían penetrado en Canaán directamente por el sur, a partir de la península del Sinaí. Las futuras tribus de Efraim y José (Manasés y Benjamín), con otros grupos más, habrían salido de Egipto, acaudillados por un tal Moisés, hacia el 1250; éste sería el llamado éxodo-huida. Se vieron obligados a dar un largo rodeo por Transjordania, donde ya se instalaron algunos de ellos; los demás cruzaron el Jordán bajo la dirección de Josué y se asentaron en Palestina central hacia el 1230. De las tribus de la Palestina septentrional, algunas no habían bajado a Egipto y otras se instalaron en esa zona en fecha incierta. La destrucción de Jasor hacia finales del siglo XIII según los arqueólogos parece avalar la historicidad de Jos 11. En este caso, el asentamiento de las tribus del centro, juntamente con las del norte, por lo menos algunas de ellas, se habría producido al mismo tiempo.

VI.B.2.b. El libro de los Jueces

El nombre del libro deriva de sus protagonistas principales, llamados en hebreo שֹׁפְטִים; la raíz significa normalmente *juzgar*, pero también tiene el significado de *gobernar* (Sal 96,13; 98,9). Se puede entender el nombre, pues, como gobernantes mejor que como jueces.

El esquema general del libro puede resumirse así. La **introducción histórico-geográfica (1,1-2,5)** es una historia resumida de la instalación de las tribus israelitas en Canaán, que proyecta una imagen mucho menos triunfalista de la que ofrecía el libro de Josué (1-12). La **introducción histórico-doctrinal (2,6-3,6)** introduce, sobre todo, el esquema de juego (2,11-23), la secuencia teológica de tiempos fundamental para entender la historia de los jueces. El **cuerpo central del libro (3,7-16,31)** habla de los distintos protagonistas, los jueces mayores (Otniel, Ehud, Débora-Barac, Gedeón, Jefté y Sansón) y los jueces menores (Sangar, Tolá, Yaír, Ib-sán, Elón y Abdón). El **apéndice (17-21)** presenta dos episodios. Por un lado, la migración de la tribu de Dan hacia el norte; la atención se centra en la fundación del santuario de Dan y en el origen de su sacerdocio, enjuiciados ambos negativamente. En segundo lugar, la guerra civil contra la tribu de Benjamín.

En sentido histórico estricto, no es posible hablar de un Periodo de los Jueces como periodo histórico de Israel. La escuela deuteronomista ha compuesto artificialmente un libro y ha creado una etapa o periodo histórico dentro del cuadro general de la historia bíblica. Si la alternancia de gracia y pecado es la quintaesencia de la teología deuteronomista, ésta encuentra su expresión clara y plena en Jueces. Aquí encontramos repetido con precisión casi matemática el siguiente paradigma en cuatro tiempos: **pecado**, presentado como infidelidad del pueblo a las cláusulas de la alianza. Para expresarla, se emplean tres fórmulas: *“los israelitas hicieron lo que*

es malo a los ojos del Señor" (2,11; 3,7.12; 4,1; 6,11; 10,6; 13,1); *"abandonaron al Señor y dieron culto a Baal y Astarté"* (2,11.13; 3,7; 10,6); *"se prostituyeron ante otros dioses"* (2,17; 8,27.33). **Castigo**, con otras dos expresiones: *"se encendió contra Israel la ira del Señor"* (2,14.20; 3,8; 10,7); *"el Señor los entregó en manos de sus enemigos durante equis años"* (2,14; 3,18.14; 4,2; 6,1; 10,7). **Conversión**, la pedagogía del castigo y de la gracia divina hacía que los israelitas se arrepintieran y se volvieran a Dios, con las siguientes formulaciones: *"los israelitas clamaron al Señor"* (3,9.15; 4,3; 6,6; 10,10); *"el Señor se compadecía de ellos al oírlos gemir bajo la tiranía de sus opresores"* (2,18; 10,16). **Salvación**, el Señor responde a la conversión y súplicas del pueblo, enviándole *"jueces-libertadores"* que lo salven (2,16; 3,9.15). Pero la conversión del pueblo es efímera, de ahí que se inicie un nuevo periodo de pecado-castigo-conversión-salvación.

VI.B.2.c. El libro de Samuel

El nombre no es muy afortunado, puesto que Samuel no es ni mucho menos el protagonista; pero ha sido él el que ha dado nombre a todo el rollo. Lo que hoy llamamos 1Sam y 2Sam es, en la Biblia hebrea, un único rollo. Fue la traducción de los LXX la que obligó a dividirlos en dos más o menos iguales, con el fin de poderlos manejar en la lectura, pues en griego y con todas las vocales el libro tenía una extensión doble. La LXX los unió, además, a los libros de los Reyes, que dividió a su vez en otros dos rollos por la misma razón, con lo que vino a formarse un conjunto de cuatro volúmenes que recibieron el nombre de *Libros de los Reinos*. La Vulgata adoptó la división de la traducción griega, pero les llamó *Libros de los Reyes*.

Desde el punto de vista de la lógica, la división entre 1Sam y 2Sam se revela totalmente artificial por cuanto rompe en dos el relato de la muerte de Saúl y, sobre todo, rompe la historia de la ascensión de David al trono. A partir de los personajes que aparecen, podemos hablar de las siguientes partes en todo el conjunto:

- La **historia de Samuel (1Sam 1-7)**, con materiales diversos.
- La **historia de las tradiciones sobre Saúl (1Sam 8-15)**, con distintos relatos sobre la elección del primer rey, Saúl.
- La **historia de la ascensión de David al trono (1Sam 16-2Sam 8)**: que habla de la contraposición entre Saúl y David, de la coronación de éste último como rey y de la carta magna de la dinastía davídica.
- La **historia de la sucesión de David (2Sam 9-20 + 1Re 1-2)**: se va descartando progresivamente a Meribaal (2Sam 9), a Amnón (2Sam 13-14), a Absalón (2Sam 15-20) y se habla del nacimiento de Salomón (2Sam 10-12).
- **Apéndices (2Sam 21-24)**, integrados por cuatro piezas sueltas referentes al rey David.

VI.B.2.d. El libro de los Reyes

El cuarto y último rollo de los Profetas Anteriores recibe el nombre de מְלָכִים, "de los reyes". En este caso, el nombre sí resulta apropiado. Abarca lo que nosotros denominamos 1Re y 2Re. Cubren la historia de los reyes de Israel y Judá desde la muerte de David (hacia el 970) hasta el destierro de Babilonia (587).

Una guía de lectura podría ser la siguiente:

- La **Historia de Salomón (1Re 3-11)** describe diversos aspectos del reinado de Salomón: el sabio, el constructor, el comerciante, sus sombras.
- La **Historia sincrónica de los dos reinos (1Re 12-1Re 17)** narra alternativamente las reseñas de los 19 reyes del norte con la de los 12 reyes del sur. Aquí están incluidas la división del reino (1Re 12-13), el ciclo de Elías (1Re 17-2Re 1) y el ciclo de Eliseo (2Re 2-13).

- La **Historia del reino de Judá (2Re 18-25)**, que incluye, sobre todo, la historia de dos grandes reyes: Ezequías (727-698) y Josías (640-609).

VI. B. 3.- Los Profetas Posteriores

Los cuatro últimos rollos de los נבאים reciben el nombre de *Profetas Posteriores*. Para la tradición derivada de la LXX, estos libros son los que conocemos con el término específico y común de «Profetas» (añadiendo Daniel). Son los siguientes: *Isaías, Jeremías, Ezequiel* y los *Doce (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías)*. Además de esta división canónica, realizada según el orden de los libros en el conjunto de la Biblia, es posible también estudiar la literatura profética desde un punto de vista histórico-cronológico, recorriendo las distintas épocas en las que intervinieron los personajes que llamamos profetas. Resultaría así esta distribución:

Siglo VIII	<i>Reino de Israel</i>	Amós Oseas
	<i>Reino de Judá</i>	Isaías-I Miqueas

Siglo VII	Jeremías Nahum Habacuc ¿Abdías? Sofonías
-----------	--

Siglo VI	Ezequiel Isaías-II
----------	-----------------------

Post-exílicos	Isaías-III Ageo Zacarías Joel Jonás Malaquías
---------------	--

Limitándonos a ideas generales y simplificando mucho, podemos indicar las siguientes etapas en la formación de los libros proféticos:

- La palabra original del profeta. Lo primero sería la palabra hablada, pronunciada directamente delante del público. Es probable que la palabra hablada diese lugar a una serie de *hojas sueltas*, que más tarde se agrupaban formando *pequeñas colecciones*.
- La obra de los discípulos y seguidores. Con lo anterior no quedaron terminados, ni de lejos, los actuales libros. El siguiente paso lo daría un grupo muy complejo que calificamos de discípulos y seguidores («escuela»). La relación directa maestro-discípulo se dio quizás en algunos profetas, pero, en la redacción de los libros, intervendrá no sólo este tipo de discípulos, sino también personas muy alejadas temporalmente del profeta, aunque dentro de su esfera espiritual. Discípulos y seguidores contribuyeron especialmente en tres direcciones: redactando textos biográficos sobre el maestro; reelaborando algunos de sus oráculos; creando nuevos oráculos.
- La agrupación de colecciones. Junto con las tres tareas anteriores, este grupo se dedica también a coleccionar y ensamblar los oráculos primitivos y los que se han ido añadiendo.
- Los añadidos posteriores. Incluso después de las etapas que hemos reseñado, los libros proféticos siguieron abiertos a retoques, añadidos o inserciones. En cualquier caso, podemos asegurar que hacia el 200 a.C. los libros proféticos estaban ya redactados en la forma en que los poseemos actualmente. Así se deduce de la cita que hace de ellos el Sirácida y de las copias encontradas en Qumrán.

VI.B.3.a. El libro del Profeta Isaías

Hoy en día es común considerar este libro como una obra compuesta por tres grandes secciones pertenecientes a distintas épocas: **Isaías** (Is 1-39), que predicó en el siglo VIII en Jerusalén; **Segundo Isaías**, Déutero-Isaías ó Isaías-II (Is 40-55), que es un profeta del exilio que anunció el regreso del pueblo; **Tercer Isaías**, Trito-Isaías ó Isaías-III (Is 56-66), ambientado en la época inmediata a la vuelta del exilio. Los argumentos para esta desmembración son de índole histórica, literaria y teológica.

El profeta Isaías nació hacia el año 760. Era hijo de un tal Amós (1,1). Su interés por la monarquía de David y por Jerusalén le identifica como judío. Vivió probablemente en la capital. Desconocemos el nombre de su mujer, a la que en una ocasión se alude como «la profetisa» (8,3). Tuvo, al menos, dos hijos, a quienes puso nombres simbólicos (7,3; 8,3). Isaías es, sin duda, uno de los grandes literatos de la Humanidad. Demuestra una educación cuidada; su estilo literario se caracteriza por la expresión enérgica, el gusto por el detalle, la plasticidad de las imágenes. Su ministerio comenzó hacia el 740 (6,1), y vivió bajo Ozías, Yotán, Acaz y Ezequías (1,1).

VI.B.3.b. El libro del Profeta Jeremías

Se suele aceptar que Jeremías nació hacia el año 650 a.C. en Anatot. Pertenecía a una familia sacerdotal. A pesar de vivir en Jerusalén, Jeremías siguió ligado al campo. Su actividad se desarrolló bajo los reinados de Josías, Joaquín, Sedecías y Godolías (Jr 1,1-3). De su personalidad y, en concreto, de su lucha interior, tenemos datos abundantes gracias a los textos autobiográficos denominados “confesiones”. Jeremías estuvo personalmente implicado en su propia predicación, hasta el punto de que su misión profética le exigió una vida celibataria (16,1-13).

El libro del profeta Jeremías es uno de los libros proféticos que presentan mayor complejidad. Las razones son varias: la pluralidad de géneros que en él se encuentran, el desorden cronológico en el que se presenta el texto, los problemas de contenido, las diferencias entre el TM y la LXX...

Probablemente, la imagen de Jeremías más conocida en la tradición cristiana es la del profeta «llorón», debido sin duda a las famosas *confesiones* que hallamos en la primera sección de su libro, unos textos redactados en primera persona en los que el profeta presenta a Dios su queja. El título de «confesión» es preferible al de «lamento». Normalmente se enumeran como confesiones los siguientes conjuntos: 11,18-12,6; 15,10-21; 17,9-18; 18,18-23; 20,7-18.

VI.B.3.c. El libro del Profeta Ezequiel

Entre los desterrados del 597 junto al rey Jeconías viajaba con su familia un joven llamado Ezequiel, hijo de un sacerdote de Jerusalén llamado Buzi (Ez 1,3). Un día, en pleno exilio, junto al río Quebar, recibió su vocación profética. La fecha está detallada: el 31 de julio del 593 (Ez 1,2). Por otra parte, el último oráculo datado que tenemos en el libro corresponde al 26 de abril del 571 (Ez 29,17).

Se suelen distinguir dos etapas en su predicación, coincidiendo la división entre ellas con la noticia de la destrucción de Jerusalén el 586. Su formación sacerdotal dejó huellas en temas como la pureza o la santidad (22,26; 24,13-14) y en el interés manifestado por el templo. Estuvo casado y la muerte repentina de su mujer tuvo para él valor simbólico (24,15-16). Su personalidad ha dado mucho que hablar...

El libro del profeta Ezequiel está claramente dividido en tres secciones: en el conjunto 1-24 predominan los oráculos de condena contra Judá y Jerusalén; los capítulos 25-32, con los oráculos contra las naciones, ocupan la parte central; en la parte final, formada por 33-48, predominan los oráculos de salvación para el nuevo Israel.

Resulta claro que el mensaje de este profeta tiene dos épocas, claramente divididas por la caída de Jerusalén. En la primera etapa, Ezequiel intenta justificar el castigo sufrido (y el que falta todavía) con el pecado imperante en Jerusalén y en el pueblo; sólo se salvará quien sea justo (c. 18). En su segunda etapa sólo anuncia salvación, ya nunca volverá a repetirse semejante castigo. En ambos períodos intenta oponerse a la mentalidad imperante: eufórica y teológicamente segura en un primer momento (cf. 11,3; 12,22.27), deprimida y resignada en el segundo (37,11).

VI.B.3.d. Los Doce Profetas

Según el canon hebreo de los Profetas Posteriores, el cuarto libro es el denominado «Los Doce». Este rollo recoge un conjunto de diversos escritos proféticos que, por su reducida extensión, pudieron agruparse para conformar un rollo de extensión similar a la de cada uno de los otros profetas (Isaías, Jeremías y Ezequiel).

La Biblia Hebrea coloca estas obras según el orden histórico que la tradición les atribuía: *Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías*. La colocación es algo distinta en la Biblia Griega, que, además, los sitúa delante de los otros Cuatro Profetas: *Oseas, Amós, Miqueas, Joel, Abdías, Jonás, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías*. Tal vez se pueda interpretar esta disposición en línea con la expectación mesiánica que pudo guiar a los traductores griegos.

VI. B. 4.- Los Escritos

La tercera parte de la Biblia Hebrea contiene un grupo heterogéneo de obras denominadas difusamente *Escritos* (כתובים). Esta tercera sección desarrolla y extiende el mensaje de la Ley y de los Profetas en direcciones varias, de la misma manera que variados son los caminos de la vida en los cuales tiende a expresarse la fe: liturgia, sabiduría, apocalíptica, historia, doctrina edificante... Estos *Escritos* son los siguientes: Salmos, Job, Proverbios, Rut, Cantar de los Cantares, Qohélet, Lamentaciones, Ester, Daniel, Esdras-Nehemías y Crónicas.

El libro de los **Proverbios** es el exponente típico de la tradición sapiencial de Israel. El libro es una *colección de colecciones* de dichos, refranes, aforismos y sentencias que transmiten una teología práctica: la verdadera religión se edifica sobre la honradez humana.

El libro de **Rut** es una leyenda popular de carácter novelesco; sin embargo, debido a su carácter supuestamente histórico, la LXX lo situó después de Jueces (Rut 1,1). Este librito trata de establecer la genealogía del rey David, mostrando que desciende, entre otros, de una mujer moabita. El libro, pues, sostiene la tesis de que la nacionalidad es un elemento secundario: lo que cuenta es la elección de fe.

El libro de **Qohélet**, también llamado «Eclesiastés», es la obra de un escéptico que llega a conclusiones radicalmente desesperadas respecto a la sabiduría. Esta reflexión contrasta con la mentalidad de la Biblia, generalmente optimista. El pesimismo de Qohélet se explica no tanto en el ámbito de una crisis de fe cuanto en el de la crisis de la sabiduría tradicional.

El libro de las **Lamentaciones** es atribuido por la tradición al profeta Jeremías, de ahí que la LXX lo colocase justo después de su libro (cf. 2Cro 35,25). Históricamente, el interés de estos cinco lamentos penitenciales está en el hecho de que se trata probablemente de los únicos textos producidos por los que se quedaron en Jerusalén-Judea después de la catástrofe del 587.

El libro de **Ester** se presenta actualmente como la leyenda etiológica de la fiesta de Purim. Los judíos establecidos en Persia se ven amenazados de exterminio por el odio de un visir omnipotente, Amán, y se salvan gracias a la intervención de Ester, joven compatriota que ha llegado a reina, dirigida a su vez por su tío Mardoqueo. La situación se vuelve del revés: Amán es ahorcado, Mardoqueo ocupa su lugar y los judíos exterminan a sus enemigos. Se instituye la fiesta de Purim para conmemorar esta victoria y se recomienda a los judíos que la celebren todos los años.

El libro de **Daniel**, de talante apocalíptico más que profético, se dirige al Judaísmo palestinese en la persecución efectuada en Judá durante el segundo cuarto del siglo II a.C. Su finalidad es, por tanto, sostener la fe y la esperanza de los judíos perseguidos. La edición griega añade al texto hebreo varios pasajes.

El libro de las **Crónicas** (en griego: παραλειπομένων) conforma, junto a **Esdras-Nehemías**, una gran obra historiográfica independiente. Para Crónicas, el centro de la Historia de Israel se encuentra en el templo, en su culto y en su sacerdocio. El libro de Esdras (Nehemías) continúa la historia de la restauración después del destierro.

El libro de los **Salmos** es, junto con los Evangelios, el libro más leído en la liturgia cristiana. Por ello este libro resulta muy familiar a la piedad personal de todo creyente. Los términos «salmo» y «salterio» derivan del griego: ψαλτήριον es un instrumento de cuerda, mientras que ψαλμός es el canto acompañado por dicho instrumento. En hebreo, el libro de los Salmos recibe el nombre de סִלְמוֹת. El libro de los Salmos es, en definitiva, una colección de poemas-oraciones compuestos en un arco de tiempo de seis u ocho siglos.

El nombre del libro de **Job** corresponde al de su héroe (1,1: יוֹב, אֵיִב). Quizás el dato teológico más significativo para poder fechar el libro de Job sea la demoledora crítica que formula su autor a la doctrina de la retribución, crítica más apropiada en el periodo postexílico. El libro habría alcanzado su forma final hacia el año 200, fecha aproximada de la composición del Sirácida, cuyo autor parece conocer la obra (49,9).

El libro del **Cantar de los Cantares**, como libro poético, es susceptible de muchas y variadas interpretaciones. El CC ha fascinado y fascina desde siempre a la exégesis judía y cristiana (filólogos, teólogos, místicos, catequistas, literatos). Teniendo en cuenta su brevedad, ningún libro de la Biblia ha recibido tanta atención, ninguno ha gozado o sufrido de interpretación tan dispares. Tal fascinación procede del hecho de que CC es el único libro bíblico cuyo tema central es la relación entre lo masculino y lo femenino y ello, además, sin explicitar cuál es la situación concreta a la que se aplica el propio poema.

VI. B. 5.- Los libros Deuterocanónicos

En su libro, **Judit** es la heroína de este libro. La pequeña nación judía se enfrenta con el imponente ejército de Holofernes, que quiere someter el mundo al rey Nabucodonosor y destruir todo culto que no sea el del emperador-dios. Los judíos son sitiados en Betulia; privados de agua, están a punto de rendirse. Aparece entonces

Judit –viuda, joven, bella, prudente, rica, piadosa y decidida–, que triunfará sobre la apatía de sus compatriotas y sobre el asedio asirio. Con estas premisas, es claro que esta obra muestra una tendencia fuertemente nacionalista, parecida a la del libro de Ester.

El libro de **Tobías** es un libro de familia que, mediante el ejemplo y la proclamación de los mandamientos, quiere inculcar los nobles principios religiosos y morales del Judaísmo del siglo II a.C. Estamos ante una serie de narraciones centradas en torno a las personas de Tobit y su hijo, Tobías; ambos habrían sido deportados del Reino de Norte en 734.

Los libros de los **Macabeos**. «Macabeo» es el apodo de Judas, hijo de Matatías, que fue el sacerdote que comenzó la revuelta contra los sirios de Antíoco IV Epifanes en el 167 a.C. Los dos libros se refieren a la historia de las luchas sostenidas contra los soberanos seléucidas para conseguir la libertad religiosa y política del pueblo judío. Tanto 1Mac como 2Mac tienen una notable importancia para la historiografía: 1Mac narra los acontecimientos entre el año 175 –fecha de la coronación de Antíoco IV Epifanes– y la muerte de Simeón Macabeo en el 134; 2Mac, que no es continuación de 1Mac sino más bien paralelo, comienza en 176 y llega hasta el 161.

El libro del **Sirácida** es el único libro del cual conocemos con seguridad su autor (Sir 51,30). Nos presenta una serie de aforismos compuestos al estilo de Proverbios; tiene, por tanto, un carácter fragmentario y su contenido es difícil de clasificar. En todo caso, la temática de la obra se mueve en el ámbito del pensamiento tradicional.

La tesis principal del libro de la **Sabiduría** es que no existe sabiduría fuera de la justicia, la cual, por otro lado, sólo se recibe de Dios. Más en concreto, este tratado pretende confirmar a los creyentes judíos en la fe e invitarles a profundizar en ella; trata también de restituirla a cuantos la hubiesen perdido; y, en fin, persigue convertir a los paganos mostrándoles lo absurdo de su religión. Parece que el lugar de origen de Sabiduría es el Judaísmo alejandrino. Podemos datar la obra hacia la primera mitad del siglo I a.C. Es, así, el último libro de nuestro AT.

Baruc fue el secretario de Jeremías. Su libro contiene una plegaria de confesión y de esperanza (1,15-3,8), un poema sapiencial (3,9-4,4) y una pieza profética (4,5-5,9) en la que Jerusalén personificada apostrofa a los desterrados y donde el profeta la anima con la evocación de las esperanzas mesiánicas. Este libro de Baruc se suele completar con la *Carta de Jeremías*, que la LXX conserva como libro aparte pero que la Vulgata añadió a Baruc (cap. 6). Se trata de una disertación apologética contra el culto a los ídolos.

VI.C/ LA LITERATURA APÓCRIFA

Apócrifo procede del griego ἀπόκρυφος («oculto»). En su origen, el término tuvo un matiz respetuoso, aplicado a los libros sagrados cuyo contenido era demasiado sublime para que lo comprendiera el público en general. Poco a poco, el adjetivo tomó un matiz peyorativo, pues con frecuencia resultaba discutible la ortodoxia de dichos libros. Algunos Santos Padres aplicaron el término *apócrifo* a las obras heréticas cuya lectura estaba prohibida. En tiempos de San Jerónimo, *apócrifo* adquirió el sentido más neutro de «no canónico».

En el lenguaje católico, el término «apócrifo» designa a una serie de libros judíos o cristianos pertenecientes al periodo bíblico (o que pretenden pasar como tales) que no han sido aceptados por la Iglesia como Escritura genuina. Es importante distinguir las distintas nomenclaturas entre las Iglesias Protestantes y la Iglesia Católica:

<i>Iglesia Católica</i>		<i>Iglesias Protestantes</i>
Protocanónicos	→	ANTIGUO TESTAMENTO
Deuterocanónicos	→	Apócrifos
Apócrifos	→	Pseudoepígrafos

Ya en la misma LXX encontramos un grupo de libros que, a pesar de formar parte de dicho canon alejandrino, no fueron leídos como inspirados en las comunidades cristianas. Estos libros son: *Odas*, *Oración de Manasés*, *3Macabeos*, *4Macabeos*, *Esdras A* y *Salmos de Salomón*. Otros libros apócrifos son los siguientes:

LITERATURA DE HENOC	Henoc Etiópico (1Henoc) o <i>Henoc</i>	II-I a.C.	Judío palestinese
	Henoc Eslavico (2Henoc) o <i>Libro de los Secretos de Henoc</i>		Judío palestinese
	Henoc Hebreo (3Henoc)	II-III d.C.	Judío palestinese
LIBRO DE LOS JUBILEOS		II a.C.	Judío palestinese
TESTAMENTO DE LOS DOCE PATRIARCAS		II a.C.-II d.C.	Judío palestinese
CARTA DE ARISTEAS A FILÓCRATES		II a.C.	Judío alejandrino
LITERATURA MACABEA	3Macabeos o <i>Ptolemaica</i>	I a.C.	Judío alejandrino
	4Macabeos o <i>Sobre la supremacía de la razón</i>	I. d.C.	Judío alejandrino
ORACIÓN DE MANASÉS		I-II d.C.	Judío alejandrino
LITERATURA DE ESDRAS	1Esdras (LXX: <i>Esdras A</i> ; Vulg: <i>III Esdras</i>)	I a.C.	Judío alejandrino
	2Esdras (Vulg: <i>IV Esdras</i>)	I-III d.C.	Cristiano/judío
	4Esdras o <i>Apocalipsis de Esdras</i> (sección segunda de 2Esdras)	I d.C.	Judío
LITERATURA DE BARUC	2Baruc o <i>Apocalipsis siríaco de Baruc</i>	I d.C.	Judío
	3Baruc o <i>Apocalipsis griego de Baruc</i>	II d.C.	Judío
SALMOS DE SALOMÓN		I a.C.	Judío palestinese
ORÁCULOS SIBILINOS		II a.C.-II d.C.	Judío/cristiano
ASUNCIÓN DE MOISÉS		I d.C.	Judío
EVANGELIOS	Evangelio de Tomás	II	Gnóstico
	Evangelio de los Hebreos	II	Gnóstico
	Evangelio de Pedro	II	Doceta
	Protoevangelio de Santiago	II	
CORRESPONDENCIA PSEUDOPAULINA			
<i>EPISTULA APOSTOLORUM</i>			
HECHOS DE PEDRO, DE PABLO, DE ANDRÉS, DE TOMÁS...			
APOCALIPSIS DE PEDRO, DE PABLO, DE TOMÁS...			
ASCENSIÓN DE ISAÍAS			

Una de las claves esenciales para entender el desarrollo de la literatura apócrifa es el movimiento denominado Gnosticismo, ideología manifestada de modo peculiar en los siglos II y III a.C. El Gnosticismo implica la identidad divina del conocedor, lo conocido y el medio por el que se conoce. Las características más reiteradas son el conocimiento teosófico, la radicalización del dualismo anticósmico que se proyecta en la misma deidad, búsqueda constante de la trascendencia, sistema mitológico para explicar la realidad...

VI.D/ EL NUEVO TESTAMENTO

La Nueva y Eterna Alianza

+ Actividad pública de JESÚS +

predicación – milagros
pasión – muerte
resurrección – ascensión

Experiencia Pascual

+ Actividad de la PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA +

El *kerigma*: catequesis, liturgia, misión, apologética...

Peligro de gnosis
(Lc 1,1-4; Jn 20,30-31)

+ Evangelios escritos +

El Nuevo Testamento consta de documentos escritos entre el 50 y el 130 dC. Todos ellos llegaron hasta nosotros en griego, quizá el idioma original en que fueron redactados. En su orden actual, son 27, muy diferentes en extensión, género, estilo y autor. Es el mismo para todas las confesiones cristianas. El idioma del Nuevo Testamento es la *koiné* o griego común que se utilizaba en los hogares y mercados.

Los manuscritos griegos del Nuevo Testamento que han llegado hasta nuestros días, completos, parciales o en fragmentos, suman algo más de 5.000 (Papiros: 98; Unciales: 274; Cursivos: 2795; Leccionarios: 2207. De ellos, 4 manuscritos contienen la Biblia completa, 59 el NT entero, 2000 los evangelios. Entre todos, no hay dos que concuerden en todos los detalles). Sin embargo, ninguno es autógrafo, original de su autor. La primera edición crítica del Nuevo Testamento griego se debe al Cardenal Cisneros: realizada en Alcalá de Henares en 1514 (*Polyglotta Complutensia*), fue publicada en 1520 y dada a conocer en 1522. Fue Erasmo de Rotterdam quien se adelantó con su publicación en 1516.

VI. D. 1.- San Pablo

Con San Pablo nos sumergimos en el trajín de la vida cristiana de las primeras iglesias, tanto de los misioneros (como Pablo) como de las comunidades, sobre todo las fundadas por él, pero también la comunidad-madre de Jerusalén.

- Pablo nace en la ciudad helenista de Tarso (He 9,11; 21,39; 22,3) hacia el 5-10. Posee la ciudadanía romana por nacimiento (He 22,25-29). *Circuncidado el octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo* (Flp 3,5). Su juventud la pasa en Jerusalén, a los pies del famoso fariseo Gamaliel (He 22,3; cf. He 5,34). Su profesión era fabricante de tiendas (He 18,3: σκηνοποιός τῆ τέχνη). Su celo por la Ley lo convirtió en perseguidor de cristianos (Gal 1,13.23; 1Cor 15,9; Flp 3,6).
- El acontecimiento de Damasco, hacia el año 35 (He 9; 22,5-16; 26,10-18; Gal 1,12-17) fracciona su biografía en un antes y un después. Pablo llama a dicho evento *revelación* (ὅτε δὲ εὐδόκησεν [ὁ θεός]... ἀποκαλύψαι τὸν υἱὸν αὐτοῦ ἐν ἐμοί: Gal 1,15-16); esta revelación lo convirtió en apóstol (1Cor 9,1), puesto que lo equipara a las apariciones del Resucitado (1Cor 15,5-8). Fue bautizado por Ananías (He 9,18). Su encargo expreso fue el ser Apóstol de los gentiles (He 22,21; 9,15). Tras el encuentro de Damasco, Pablo se dirigió a Arabia y a la región de Damasco; tras una visita a Jerusalén, marchó después a Siria y Cilicia (Gal 1,15-2,2). Acompañado por Bernabé, realiza después su primer viaje misionero, a Chipre y la parte meridional de Asia Menor (He 13-14).
- En el año 48-49 se celebra la asamblea o Concilio de Jerusalén, el acontecimiento más importante de la historia de la primitiva comunidad. En efecto: los cristianos estaban entonces focalizados en dos centros: Antioquía (He 11,26), una comunidad compuesta en gran parte por antiguos paganos incircuncisos, para quienes la Ley judía no era algo vinculante; su lengua y costumbres eran griegas. Y Jerusalén, un grupo de cristianos observantes de la Ley judía, que hablaban arameo. El concilio resolvió el problema de la incorporación de los gentiles en la Iglesia (He 15,6-29; Gal 2,1-10).
- Pablo realiza después su segundo viaje apostólico: parte de Antioquía el año 49 y visita Galacia, Tróade, Filipos, Tesalónica, Atenas y Corinto (He 15,36-18,22).
- A mediados del 52 emprende su tercer viaje misional. Visita las comunidades de Galacia y Frigia, estableciéndose después durante dos o tres años en Éfeso, centro de su actividad en esta época (He 18,23-21,16).
- Finalmente, Pablo fue apresado en Jerusalén antes de Pentecostés del 56. Es arrestado en el templo (He 21,27-33); después es llevado a Cesarea y a Roma. Según Tertuliano, sufrirá el martirio bajo Nerón, hacia el año 67.

En el NT encontramos trece cartas atribuidas a San Pablo. Su orden canónico es totalmente artificial: están primero las dirigidas a comunidades (de mayor a menor) y después las dirigidas a individuos; por último, la carta a los Hebreos, que presenta unas características muy especiales. Siete de ellas (Rm, 1Cor, 2Cor, Gal, Flp, 1Tes, Fm) son aceptadas sin discusión como obra suya. Las otras seis (Ef, Col, 2Tes, 1Tim, 2Tim, Tit) son atribuidas, en el peor de los casos, a profundos conocedores del apóstol. Sólo en Hebreos queda como cuestión abierta su cercanía al área paulina. Las cartas de Pablo son "cartas", o sea, escritos de circunstancias que responden a preguntas de una comunidad o reaccionan contra ciertos desórdenes doctrinales o morales. Según un orden cronológico se suelen distinguir cuatro grupos: primeras cartas (1Tes y 2Tes), las cuatro grandes (Rm, 1Cor, 2Cor, Gal [y Flp]), cartas de la cautividad (Col, Ef y Fm) y cartas pastorales (1Tim, 2Tim y Tit).

VI. D. 2.- Los Evangelios sinópticos

Los cuatro evangelios canónicos son composiciones anónimas, surgidas entre los años 65-90, que fueron reunidas en una colección alrededor del año 125. Los autores no les pusieron título. Son: un género literario absolutamente nuevo. "Evangelio" (εὐαγγέλιον) es una palabra griega que literalmente significa *buen anuncio*. Los evangelios son textos narrativos que presentan el curso de la vida de Jesús y su enseñanza. Los evangelios no son informes históricos, ni crónicas del pasado, ni biografías de Jesús en el sentido moderno de la palabra; con todo, sí es cierto que los evangelios están basados en datos reales y pretenden transmitir con fidelidad palabras, hechos y acontecimientos de la vida de Jesús. Tampoco son los evangelios antologías de textos sobre Jesús (como lo es el Evangelio de Tomás).

Podemos, pues, definir técnicamente 'evangelio' como un testimonio de fe (*presupuesto metodológico*) que, habiendo sido puesto por escrito en textos de carácter narrativo (*análisis sincrónico*) y hundiendo sus raíces en la historia (*análisis diacrónico*), pretende nutrir la fe (*síntesis teológica*) y alentar la vida del creyente (*perspectiva parenética*).

Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas tienen grandes semejanzas entre sí, aunque no son mera copia uno de otro. Se les llama evangelios *sinópticos* –palabra que etimológicamente quiere decir "con una mirada"– porque, efectivamente, sus textos son de tal naturaleza que se pueden disponer en columnas paralelas de modo que se percibe con rapidez y claridad sus semejanzas y diferencias. Juan, por su parte, sigue un esquema absolutamente distinto.

Si estos evangelios sinópticos son tan parecidos, ¿por qué tres? ¿Tienen algo de especial? Normalmente es aceptada la teoría de las dos fuentes para explicar las convergencias y divergencias constatadas entre los tres evangelios sinópticos. Según esta hipótesis, los evangelios de Mateo y Lucas habrían sido compuestos a partir de dos fuentes principales: el evangelio de Marcos y una colección de palabras de Jesús (llamada Q, del alemán *Quelle*). Existen perícopas de **triple tradición** (unos 330 versículos comunes a Mt, Mc y Lc), de **doble tradición** (Mt y Lc) y **tradiciones simples** (individuales).

La hipótesis de las dos fuentes puede resumirse en estas dos proposiciones:

- El evangelio de Marcos era el más antiguo y fue utilizado por Mateo y Lucas como fuente.
- Mateo y Lucas utilizaron otra fuente que se ha perdido, pero que todavía se puede reconstruir partiendo de los dos evangelios. Consta principalmente de sentencias y dichos de Jesús y se la conoce como la fuente de los logia.

VI.D.2.a. El Evangelio según Marcos

Marcos es el primer escrito según el género literario llamado “evangelio”; él fue el inventor de este estilo de narrar. Se podría decir que Marcos es el primer catequista cristiano que aplica el género “historia teológica” a toda la tradición sobre Jesús.

- La **introducción** (1,1-13) aparece encabezada por la palabra ἀρχή; las tres escenas de que consta pueden considerarse prólogo o tríptico introductorio a todo el evangelio: Juan Bautista y su mensaje de esperanza y conversión, que resume toda la tradición veterotestamentaria (2-8); Jesús, ungido con el Espíritu (9-11); Jesús, vencedor de Satanás (12-13), es el “más fuerte” que ha dominado al *fuerte*.
- En la **primera parte** se encuentra la triple repetición de la misma secuencia: sumario-anuncio / escena de discipulado / escenas variadas / reacción. De esta forma, las tres grandes secciones de la primera parte son: Jesús y la reacción de los escribas y fariseos ante Él (1,14-3,6); la revelación de Jesús y reacción del pueblo (3,7-6,6a); la respuesta de los discípulos ante la revelación de Jesús (6,6b-8,30).
- La **segunda parte** puede subdividirse a la luz de criterios literarios, topográfico-cronológicos y de contenido. En primer lugar, aparecen los tres anuncios de la muerte y resurrección, seguidos de una serie de enseñanzas; todos ellos tienen lugar por Galilea-Judea, camino de Jerusalén (8,31-10,52: cf. alusiones al camino en 9,33; 10,52; 8,27). A continuación se pueden descubrir dos agrupaciones con unidad geográfico-cronológica, ambas en Jerusalén: la primera narra lo que sucedió antes de la pasión durante tres días (11-13) y la segunda narra la pasión, muerte y resurrección (14,1-16,8).

De la lectura de la obra, escrita directamente en griego semitizante, se puede deducir que el autor era un cristiano helenista, posiblemente judío. No tiene ningún fundamento la identificación del autor con el anónimo joven desnudo del que se habla en 14,52-55. Una tradición unánime que arranca de finales del siglo I atribuye esta obra a un tal Marcos, que se identificó con el Juan Marcos –pariente de Bernabé y compañero de Pablo– de quien hablan Hechos y Pablo (He 12,12.25; 15,37.39; Flm 24; Col 4,10; 2Tim 4,11); además, se le relacionó con la actividad de Pedro en Roma (cf. 1Pe 5,13). La mayor parte de los especialistas sostienen que se escribió en torno al año 70 y antes de la redacción de Mateo y Lucas. ¿Dónde? Los datos internos sugieren un lugar fuera de Palestina, en contexto romano: explicación de costumbres judías (7,3-4; 14,12; 15,42) y palabras arameas (3,17; 5,41; 7,11; 10,46; 14,36; 15,34); latinismos, alusión al derecho y al horario romano (10,12; 13,35); explicación de monedas hebreas con su equivalencia romana (12,42); presentación de un romano como el primero que descubre la identidad de Jesús (15,39). Los testimonios externos hablan de “las regiones de Italia”, y, más en concreto, Roma.

Como ha quedado dicho, la tesis del evangelio de Marcos está expresada en su primera línea: Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios. Sabemos ya que el “lector implícito” del evangelio de Marcos está atormentado por su situación en Roma y tal vez no llega a entender su fe en Cristo. Este lector, cristiano, está ya al corriente de la identidad de Jesús como Mesías y como Hijo de Dios. Por tanto, la verdadera pregunta a la que pretende contestar Marcos no es: “¿quién es Jesús?”, sino, más bien: “¿por qué no se manifestó enseguida? ¿Por qué tuvo que ser –y Él mismo quiso ser– un Mesías escondido? Puesto que el Mesías estaba ya presente entre los hombres, ¿por qué no podía ser proclamado? ¿Qué le faltaba todavía?”. Estas cuestiones hacen que el ministerio terreno de Jesús se presente no como una prehistoria ya superada, sino como algo hacia lo cual debe dirigirse incesantemente la fe cristiana.

VI.D.2.b. El Evangelio según Mateo

El primer evangelio es una combinación de texto narrativo –en línea con Marcos– y cinco grandes discursos muy bien insertos en la trama. Mateo es también un evangelio de síntesis. Desde un punto de vista literario, Mateo sintetiza el evangelio de Marcos y la fuente Q: asume a Marcos como marco de referencia, pero incluye la materia discursiva de Q. Desde el punto de vista teológico, es también una obra de síntesis entre el proyecto narrativo de Marcos –centrado en la revelación de Jesús como Hijo de Dios a través de la cruz– y la fuente Q –colección de dichos y énfasis escatológico.

Respecto al autor del primer evangelio canónico, una tradición que se remonta al Obispo Papías de Hierápolis (s. II) se lo atribuye al apóstol Mateo; con frecuencia se piensa que Mt 9,9 y 10,3 son la razón de que se haya visto en Mateo al autor del primer evangelio (cf. Mc 2,13-14; Lc 5,27-28). Hoy no se da crédito a esta información y se considera que el autor es un judeocristiano anónimo: parece que un testigo presencial –como sería el apóstol Mateo– no narraría ni trataría a sus fuentes como lo hace el primer evangelista... Respecto al lugar, la opinión más extendida considera que el primer evangelio tuvo su origen en la Iglesia de Antioquía. En cuanto a la fecha, el límite está en San Ignacio de Antioquía, quien conocía ya el evangelio de Mateo. Puesto que Mateo polemiza con el Judaísmo legalista posterior al año 70, hay que datar el evangelio poco después del año 80.

Parte del evangelio	División	Observaciones
OBERTURA (1,1-4,22)	Cps. 1-2: propios de Mateo. Cps. 3-4: siguen a Marcos.	
JESÚS, MESÍAS PODEROSO EN PALABRAS Y OBRAS (4,23-9,35)	<i>Cps. 5-7: predicación programática.</i> Cps. 8-9: obras.	Inclusión entre 4,23 y 9,35. Las palabras y las obras de Jesús introducen un conflicto y plantean un dilema.
LOS DISCÍPULOS, ENVIADOS POR JESÚS PARA CONTINUAR SU OBRA. DIVERSAS RESPUESTAS (9,36-12,50)	<i>Cp. 10: consignas.</i> Cps. 11-12: doble reacción que encuentran Jesús [4-9] y los discípulos [10], que son inseparables.	Mateo presenta a los discípulos en paralelo y como continuadores de Jesús: cf. la realización "actual" (de los discípulos, no de Jesús [11,4]).
JESÚS SE RETIRA Y SE CENTRA CADA VEZ MÁS EN LOS DISCÍPULOS (13,1-17,27)	<i>Cp. 13: naturaleza del Reino, expresada en parábolas.</i> El conflicto en torno a Jesús se acentúa y la oposición e incredulidad se endurecen (cf. 14,13; 15,21; 16,4). La iglesia de Jesús –que se vislumbraba en las secciones anteriores– ahora es explícitamente anunciada (16,13-18).	Siete parábolas.
RUPTURA CON EL JUDAÍSMO (18,1-22,45)	<i>Cp. 18: sobre la comunidad.</i> A partir de 19,1 Jesús se pone en camino hacia Jerusalén.	El narrador se para e instruye sobre la vida de los discípulos, sobre la iglesia que ha sido prometida en 16,16-19.
DISCURSO DE DESPEDIDA. PASIÓN Y RELATOS PASCUALES (23-28,20)	<i>Cp. 23: mira hacia atrás para romper con el pasado judío.</i> <i>Cps. 24-25: mira hacia adelante, hacia la venida definitiva del Reino.</i>	"Todas las palabras" de Jesús acaban (26,1). En la solemne escena de Mt 28,16-20 confluyen todos los hilos teológicos del evangelio.

Siempre se ha considerado a Mateo como el evangelio eclesial por antonomasia, y esto por dos razones fundamentales: por una parte, es el único evangelio en que aparece la palabra ἐκκλησία (16,18; 18,17.17); por otra parte, la obra entera, sobre todo las partes discursivas, transparentan la vida de la comunidad eclesial. Hay un nuevo pueblo de Dios, abierto a todas las naciones, a gentiles y judíos sin discriminación. Se proclama solemnemente en 28,16-20. Este nuevo pueblo de Dios es la Iglesia de Jesús (16,18), en la que Él permanece para siempre y que debe continuar su misión para todas las gentes. Mateo quiere subrayar la presencia permanente de Jesús con los suyos, la relación Jesús-comunidad. Es la fundamentación cristológica del ser y la vida de la Iglesia.

VI.D.2.c. El Corpus lucano

La unidad de ambas obras (Lucas y Hechos) es hoy es admitida por la generalidad de los exegetas, apoyados fundamentalmente en la unidad de lengua, estilo y teología. El conjunto lucano representa la empresa literaria más ambiciosa del Cristianismo primitivo: es el primer intento de autocomprensión en el marco de la Historia de la Salvación.

La tradición, desde Marción e Ireneo (siglo II), identificó a Lucas con un compañero de Pablo, ὁ ἰατρὸς ὁ ἀγαπητός de quien hablan sus cartas (Col 4,14; cf. Flm 24; 2Tim 4,11). El autor no fue testigo inmediato de Jesús (Lc 1,1-4), sino un cristiano de la segunda generación cristiana; se trata de una persona culta, familiarizada con la cultura helenista y versado en el AT, posiblemente nacido fuera de Palestina, de origen gentil y relacionado con las iglesias paulinas. En cuanto al lugar de la redacción, la tradición antigua habla de Acaya y Beocia. El análisis interno apunta a un contexto helenizado, fuera de Palestina, cuya geografía, por otra parte, el autor parece desconocer. Lucas escribió en primer lugar el evangelio, que es el πρῶτος λόγος (He 1,1); después, Hechos, que en su prólogo y estilo suponen unos años más tarde. Es habitual situar la publicación de la doble obra en el decenio 80-90. Según el prólogo inicial (Lc 1,4), Lc-He está destinado a creyentes que ya han recibido una formación en la fe. Se trata de una comunidad de cristianos procedentes de la gentilidad, ya que el punto de vista predominante es el de los cristianos griegos; la obra misma está dedicada a Teófilo, un griego. Muy posiblemente se trata de una comunidad de origen paulino, lo cual explicaría el papel relevante que tiene Pablo en la obra. Los destinatarios se situarían así en Grecia-Macedonia-Asia Menor; dentro de este amplio espacio, algunos autores han sugerido Éfeso, por lo menos para Hechos, dada la importancia que ahí tiene esta ciudad.

La categoría ὁδὸς - πορεύομαι aparece en Lc-He en función de los grandes personajes y de su obra: Juan Bautista es anunciado por el ángel y Jesús lo reconoce como el que viene a preparar los "caminos del Señor" (Lc 1,76; 7,27); Juan mismo se presenta como el que prepara y allana los "caminos del Señor" (Lc 3,4). María, modelo del creyente, ἐπορεύθη εἰς τὴν ὄρεινὴν μετὰ σπουδῆς (Lc 1,39). Jesús crea el camino de Dios (Lc 20,21), de la paz (1,79), de la vida (He 2,28). Para la Iglesia, el Camino resume toda su obra y razón de ser (He 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22).

María es, según Lucas, un modelo en el seguimiento del camino salvador. Lucas es el autor del NT que más ha elaborado las tradiciones sobre María, la madre de Jesús, presentándola, en función de su teología, como modelo del discípulo que ha de recorrer el camino, recibiendo la salvación y dando testimonio profético de ella.

Prólogo (1, 1-4) Justificación de la obra, escrita para afirmar la fe de los creyentes			
Evangelio de la infancia (1, 5-2, 52)	Obertura teológica	Jerusalén	TIEMPO DE ISRAEL
Díptico introductorio a la actividad de Jesús en Galilea (3, 3-4, 13)	Unción profética y ministerio de dos profetas: Juan (3, 1-20) y Jesús (3, 21-4, 13)	Galilea	
Primera parte: Galilea (4, 14-9, 50)	Parte Kerigmática: presentar a Jesús y su obra	Galilea	TIEMPO DE JESÚS
Segunda parte: camino hacia Jerusalén (9, 51-19, 28)	Parte parenética: enseñanzas morales, sin orden lógico y separadas en varios bloques con alusiones al camino	de Galilea a Jerusalén	
Tercera parte: Jesús en Jerusalén, rechazado, muerto y exaltado al cielo, última meta de su caminar (19, 29-24, 53)	Entrada y enseñanza (19, 29-21, 38) El Día de los Ácimos (22, 1-38) Pasión y muerte (22, 39-23, 56) El primer día de la semana (24)	Jerusalén	
Cuarta parte: testimonio en Palestina (He 1-12)	actividad de la Iglesia en Palestina bajo la dirección de Pedro , los Doce y la Iglesia de Jerusalén	Jerusalén Samaría Antioquía	TIEMPO DE LA IGLESIA
Quinta parte: testimonio hasta el confín de la tierra, Roma (He 13-28)	actividad de la Iglesia fuera de Palestina y Pablo es el protagonista	hasta los confines de la tierra: Roma	
			Final abierto: (He 28, 30-31)

VI. D. 3.- Las Cartas Católicas

El historiador Eusebio de Cesarea (260?-340?) atribuye la denominación de “cartas católicas” a las siete cartas que no entran en el *corpus* paulino tradicional: las citadas en este capítulo, más las tres atribuidas a Juan. Por su parte, el Concilio de Laodicea (360) ya las llamaba así. La razón de este nombre es que no están dirigidas a algunos destinatarios particulares, sino a toda la Iglesia (καθολικός = compuesto de κατά + ὅλος, significa efectivamente *católico, universal, con relación al conjunto*).

VI.D.3.a. La Carta de Santiago

La carta de Santiago es uno de los escritos más sorprendentes, singulares y enigmáticos del NT. Dos razones fundamentales hacen peculiar esta carta: en primer lugar, carece aparentemente de casi todo lo que se puede considerar como distintivo de la fe y la práctica cristianas; en segundo lugar, a la carta de Santiago le preocupa la “brecha inquietante” entre lo que creemos y lo que practicamos.

El problema de la fe y de las obras acaso sea el tema más característico de la carta de Santiago. El papel capital que a lo largo de la carta se concede a las obras y la poca importancia atribuida –en apariencia– a la fe explican las controversias

que suscitó en el momento de la Reforma. Lutero mantiene que Santiago había querido contradecir a Pablo en la cuestión de la justificación por la fe (puede compararse: St 2,24 con Rm 3,28 y Gal 2,16; St 2,21 con Rm 4,2-3). Hoy se entiende que Santiago y Pablo tratan dos cuestiones diferentes y que, si bien es cierto que utilizan a veces el mismo vocabulario, no hay contradicción entre ellos.

En el NT aparecen tres posibles "Santiagos":

- Es claro que no puede ser *Santiago el de Zebedeo* (Mc 1,19), que fue martirizado en el año 44 (He 12,2). Sólo alguna tradición española (Isidoro de Sevilla) se deja llevar por su devoción a Santiago de Compostela y sostiene esta opinión.
- Tampoco puede ser *Santiago el de Alfeo* (Mc 3,18), que no desempeñó ningún papel en el resto del NT. Nada en el escrito favorece esta identificación.
- Por ello, la tradición se inclinó por atribuir la carta a *Santiago, el hermano del Jesús* (Mc 6,3; Gal 1,19), que desempeñó un papel importante en la Iglesia madre de Jerusalén (He 15; Gal 2,1-14) y en el Cristianismo primitivo gozo de gran prestigio. Fue martirizado en el año 62.

Hoy en día se piensa que se trata de una carta seudonímica. El autor sería un judeocristiano que conoce bien el helenismo; se llamaría él mismo Santiago o utilizaría la pseudonimia y se habría servido de un documento o de una tradición oral procedente del verdadero "hermano del Señor". La ausencia de elementos carismáticos y la presencia de rasgos institucionales, junto con el poco significado del kerygma y el énfasis en la conducta cristiana hacen pensar en una fecha tardía: entre los años 80-100. Como lugar de origen, se habla de Roma, Alejandría o Antioquía.

VI.D.3.b. La Primera carta de Pedro

La denominada Primera Carta de Pedro ha jugado un papel claramente subordinado en la historia de la exégesis del NT: no ha tenido la relevancia de otros libros de la primera época cristiana. 1Pe es como una encrucijada teológica del NT: hay ecos múltiples, pero no se puede señalar ninguno que dé la clave de la presentación que tenemos en la carta. Parece que estamos ante un escrito de madurez, cuya mayor cualidad parece estribar en aprovechar todos aquellos aspectos de la tradición judeocristiana que pudieran ayudar a iluminar la situación difícil y precaria de comunidades jóvenes, poco definidas y sin una personalidad demasiado marcada.

La cuestión de la autoría está totalmente abierta, a partir de la admitida pseudonimia. Respecto a la época en que fue escrita, se habla normalmente de una datación cercana a los años 80. Y de igual manera hemos de hablar para el lugar de composición: tal vez Roma (la Babilonia de 5,13), tal vez Antioquía, tal vez Asia Menor...

VI.D.3.c. La Carta de Judas

Este breve escrito ha sido calificado de *hoja volante antiherética*. El autor se limita a exponer una situación difícil creada por la intromisión de unos pocos subversivos en la comunidad, y centra su escrito en una decidida denuncia de los errores que dan pie a una actuación tan escandalosa. La dificultad parece centrarse en un comportamiento claramente licencioso de estos advenedizos que, además, parecen querer justificar sus pretensiones de ser privilegiados, superiores y llenos del Espíritu.

La tradición habla de Santiago y Judas entre los llamados hermanos del Señor (Mc 6,3). La existencia de la llamada Carta de Santiago parece ser también un punto de referencia para la Carta de Judas. Sin embargo, éste es todo el bagaje que tenemos para identificar al autor de la Carta de Judas.

VI.D.3.d. La Segunda Carta de Pedro

Si la llamada Primera Carta de Pedro es un escrito práctico, la Segunda, en cambio, es un escrito mucho más doctrinal, con un fuerte acento en la rectitud de la doctrina y con una parénesis claramente subordinada a los fragmentos didácticos. Además de esta diversidad fundamental, hay múltiples diferencias entre los dos escritos. El contexto de 2Pe se acerca más a la Carta de Judas, que prácticamente asume –en contenido y forma– en su texto: se trata de la discusión doctrinal que tiene múltiples implicaciones en el estilo de vida de un grupo de la comunidad (2,1), que está consiguiendo que muchos sigan sus directrices e imiten su comportamiento (2,2). En una palabra: a primera vista parece que sólo la atribución a Pedro como autor relaciona 1Pe con 2Pe; es más que probable que ambas tuvieran un público diverso, finalidades muy distintas y muy pocos puntos de contacto a nivel estrictamente literario.

La utilización de la carta de Judas, el conocimiento del evangelio de Mateo (1,17-18), la alusión a 1Pe (3,1), a las cartas de Pablo como colección (3,16)..., todo ello lleva a la conclusión de que con 2Pe nos hallamos claramente al final del periodo del NT. Habría que situar la carta a finales del siglo I o comienzos del siglo II, más allá del periodo subapostólico. Sobre la identidad del autor, no podemos más que decir que no es en realidad Pedro. Estamos ante un caso claro de pseudoepigrafía. Respecto al lugar, se puede hablar de un lugar con fuerte cultura helénica. Puesto que 2Pe entra en el canon de los escritos inspirados a través de su utilización en Alejandría, tal vez se deba situar ahí su origen.

VI. D. 4.- La Epístola de San Pablo a los Hebreos

La hechura de la carta es tan compleja que no se la puede encajar en una categoría determinada. Ella misma se presenta como una exhortación moral (12,22) que termina con una auténtica conclusión epistolar (13,18-25). Aunque el centro lo constituye un desarrollo doctrinal profundo y muy rico, no es necesario pensar en un tratado sistemático redactado al margen de toda contingencia. La opinión sostenida hoy es que Hebreos es una predicación puesta por escrito, una alocución a los lectores, una homilía.

La carta es la obra de un biblista (por la ciencia) y de un profeta (por la intención y la exposición). Podríamos entender al autor como un maestro o un sabio misionero que ha rumiado durante largos años las Escrituras Santas. Después de su conversión a la fe cristiana se aplicó a discernir en el AT las prefiguraciones del NT. Está en dependencia intelectual y teológica de San Pablo y tiene grandes afinidades con San Juan; a ambos ha sabido conjugar en su obra.

Desde antiguo la atribución de Hebreos a san Pablo ha sido puesta en entredicho. No se impugnaba su canonicidad, pero la Iglesia de Occidente se negó a atribuírsela a Pablo hasta fines del siglo IV, siguiendo la tradición de la Iglesia de Oriente. El estilo, el lenguaje y el vocabulario son de una elegante pureza que no es propia de San Pablo. La originalidad de la doctrina hace también difícil atribuírsela directamente al Apóstol. La carta supone unos lectores no sólo muy informados de la Primera Alianza, sino también convertidos del Judaísmo. Su insistencia sobre el culto y la liturgia hace pensar incluso en sacerdotes (cf. He 6,7).

El tiempo de redacción de la carta se debe situar, por tanto, entre la muerte de Esteban y la guerra judía y la destrucción del templo. Es decir: aproximadamente en la década de los 60.

VI. D. 5.- El Corpus joaneo

Son cinco los escritos del NT que se agrupan en el conjunto de obras atribuido a San Juan: el Cuarto Evangelio, las tres Cartas de San Juan y el Apocalipsis. Se suele hablar del *medio joánico*, de *la comunidad joánica* o de *la Escuela de Juan* como medio ambiente donde nacieron todos estos escritos, sin insistir estrictamente en la individualidad de un autor. Se puede, por tanto, seguir el itinerario doctrinal de la **tradición joánica** desde el Evangelio, pasando por las Cartas, hasta llegar al Apocalipsis.

VI.D.5.a. El evangelio según Juan

El Cuarto Evangelio es el más acabado testimonio sobre la persona de Jesucristo en sus relaciones con Dios Padre. Ya Clemente de Alejandría lo calificaba de *evangelio espiritual*. Ciertamente, este evangelio, a pesar de utilizar el mismo género literario, sigue un estilo muy diferente al de los otros tres, llamados sinópticos. Es, sin duda alguna, un *evangelio*, una proclamación de la Persona y la obra de Jesucristo, pero tiene una configuración y una selección original de materiales evangélicos, mostrando gran independencia respecto de la tradición sinóptica.

Es fácil hacer un esquema panorámico del cuarto evangelio; el mismo libro lo facilita. Después de majestuoso **Prólogo**, dos campos semánticos centran sendas partes del conjunto: la palabra σημειον (2,11.18.23; 3,2; 4,48.54; 6,2.14.26.30; 7,31; 9,16; 10,41; 11,47; 12,18.37; 20,30) articula el **Libro de los Signos**, la palabra ὄρα (1,39; 2,4; 4,6.21.23.52.53; 5,25.28.35; 7,30; 8,20; 11,9; 12,23.27; 13,1; 16,2.4. 21.25.32; 17,1; 19,14.27) orienta la atención hacia el **Libro de la Gloria**. La conclusión original de la obra de Juan está en 20,30-31 (ἐν τῷ βιβλίῳ τούτῳ). Dos razones paralelas explican el **apéndice** claramente añadido (cf. 21,24): por un lado, la justificación del *status* de Pedro y del papel del discípulo amado de cara a la comunidad; por otro, ante la muerte del tal vez longevo Juan, dar cuenta de la tensión entre el retorno del Señor y el tiempo de la Iglesia.

Como ocurre en los sinópticos, tampoco el Cuarto Evangelio ofrece el nombre de su autor. Los títulos que figuran en los manuscritos (KATA ΙΩΑΝΝΗΝ) proceden de los copistas y reflejan la tradición del siglo II. De todas formas, la suscripción de Jn 21,24 (cf. v. 20) atribuye al *discípulo al que Jesús amaba* la responsabilidad del testimonio consignado allí por escrito. Este discípulo a quien Jesús amaba lo encontramos en 13,23; 19,26; 20,2.8; 21,7.20. Pues bien: Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago, es el que cuenta con las mejores posibilidades para identificarse con el discípulo al que amaba Jesús. Como lugar de trabajo de la escuela joánica es la comunidad de Éfeso la que parece ofrecer la hipótesis más verosímil.

La fecha más adecuada para datar el cuarto evangelio es en torno al año 100, porque ya circulaba por Egipto hacia el año 140 o quizá antes (el papiro más antiguo conocido del NT es precisamente el llamado P⁵² o *Papiro Rylands*, publicado en 1935; contiene Jn 18,31-33 y 18,37-38; está datado en la primera mitad del siglo II, pero fue compuesto en Asia Menor, por lo que hay que dar un cierto tiempo para su propagación). Por otro lado, Eusebio de Cesarea prolonga la vida de Juan hasta el reinado de Trajano (98-117) y su muerte ha tenido lugar cuando se escribe el apéndice (cap. 21).

VI.D.5.b. La tres cartas de San Juan

Las llamadas "cartas de Juan" son escritos íntimamente relacionados con el Cuarto Evangelio. La cercanía y las afinidades literarias y teológicas entre las cartas, sobre

todo 1Jn, y el evangelio han sido percibidas desde los primeros siglos. Esta relación es posible explicarla bajo el concepto de "trayectoria": se percibe una evolución de pensamiento desde el Evangelio hasta las cartas –y hasta el Apocalipsis. La relación entre los escritos no es, por tanto, de "bloque", como si constituyeran un *corpus* doctrinal estrictamente homogéneo, sino, más bien, de progresión, en la medida en que la aportación de las cartas –y del Apocalipsis– ayuda a clarificar y a profundizar aspectos del evangelio que podrían resultar menos maduros y acabados.

Parece claro que las cartas son posteriores al evangelio. Si éste se acabó de redactar hacia el año 100, habremos de considerar que las tres cartas fueron escritas entre el 100 y el 110. No es posible, con los datos que poseemos en la actualidad, más certeza en este punto, que, por lo tanto, debe permanecer abierto. Respecto al lugar de composición, tampoco hay datos claros. Es lícito pensar en la comunidad de Éfeso, donde se formó y se conservó la tradición que arranca de Juan.

VI.D.5.c. El Apocalipsis

En el amplio marco de la literatura apocalíptica (que comprende unas treinta obras), el Apocalipsis adquiere relieve, ante todo, por su título, *ἀποκάλυψις*, que ha dado nombre al género. Nos encontramos el esquema de contenido típico de la Apocalíptica: un desarrollo lineal en el tiempo que da lugar, como conclusión, a una realización de tipo espacial. En el Apocalipsis existe, en efecto, un desarrollo hacia adelante de la historia, desarrollo que desemboca en la *nueva Jerusalén*. Encontramos también el simbolismo típico de la literatura apocalíptica.

La relación típica entre uno que lee y muchos que escuchan, expresada al inicio (1,3) y vuelta a mencionar en el epílogo (22,7b), el discurso dirigido directamente a los oyentes, interrumpiendo el hilo del relato (13,9-10.18), el saludo final (22,21)..., todos ellos son datos que sugieren un contacto directo con la asamblea litúrgica. El Apocalipsis sería entonces un escrito enviado a las iglesias y destinado a ser leído, escuchado e interpretado en asamblea litúrgica. La abundancia y frecuencia de los detalles litúrgicos que se repiten a lo largo de todo el libro confirman esta intencionalidad del autor. Y es precisamente en una asamblea 'viva' donde el Apocalipsis llega a ser plenamente profecía.

La fecha de composición provoca no menos problemas que la cuestión del autor. Una tendencia, hoy particularmente acentuada, tiende a colocar la composición del Apocalipsis antes del 70 y, concretamente, en el año 69, año turbulento en extremo para la historia romana. El Apocalipsis (especialmente en 17-18) haría alusión a los hechos de aquel año y se colocaría antes de la destrucción del templo de Jerusalén.

Pero hay fuertes objeciones. Roma fue llamada 'Babilonia' (la equivalencia de fondo aparece en el capítulo 17) justo a partir del 70, equiparando la segunda destrucción del templo por obra de Roma con la primera por obra de Babilonia. Está, además –único caso en el NT–, el testimonio de Ireneo, que coloca las visiones del Apocalipsis *hacia el fin del reino de Domiciano* (Adv. Haer. 5,30).

Dado que Domiciano fue asesinado el 16 de septiembre del 96, estaríamos en los años 95-96. Más aún: puesto que Ireneo habla de los acontecimientos expresados en el Apocalipsis, su consignación por escrito debió ser todavía posterior, llegando, tal vez, al tiempo de Trajano.